



Jesús nos acompaña en el camino hacia la cruz

"Dejad que Dios os transforme interiormente
mediante una renovación total de vuestra mente"

Rom 12,2

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	3
LECTIO DIVINA	4
CATEQUESIS DE CUARESMA:	24
VIA CRUCIS:	31
ACTO PENITENCIAL	46
MATERIAL DE INFANCIA	52
¿CÓMO LO HACEMOS?	53
ANEXO 1. EL MAPA	60
ANEXO 2. LAS IMÁGENES	63
ANEXO 3. CANCIONES	66
PREPARANDO EL DOMINGO	67

INTRODUCCIÓN

La **Cuaresma** no es solo un tiempo que precede a la Pascua, es un **camino** que nos conduce a ella. Durante cuarenta días, la Iglesia, con su maternal ternura, nos invita a detenernos, escuchar y volver al corazón del Evangelio. Es un tiempo propicio para dejarnos mirar por Dios, reconocer con verdad quiénes somos y renovar la gracia de nuestro bautismo, que nos llama a vivir envueltos en la libertad de los hijos de Dios.

Este camino cuaresmal se apoya en gestos sencillos y profundos —la **oración**, el **ayuno** y la **limosna**— que no buscan endurecer la vida, sino ensanchar el corazón. A través de ellos aprendemos a escuchar mejor a Dios, a ordenar nuestros deseos y a abrirnos con mayor sensibilidad a los hermanos. La Cuaresma es, así, un tiempo de **conversión real**, no solo de prácticas externas, sino de transformación interior.

El signo austero de las **cenizas**, con el que se inicia este tiempo santo, nos sitúa en la verdad de nuestra condición: frágiles, limitados, necesitados de misericordia. Al recibirlas, no celebramos la culpa, sino la esperanza; no el final, sino la posibilidad de comenzar de nuevo. Es una llamada a dejar que Dios rehaga lo que está roto y conduzca nuestra historia hacia la vida nueva de la Pascua.

Para los adultos y especialmente para los jóvenes, la Cuaresma es una invitación clara y actual: **frenar el ruido, atravesar el desierto y redescubrir lo esencial**. Mirando la cruz de Cristo comprendemos hasta dónde llega el amor de Dios, y preparándonos interiormente nos disponemos a celebrar con alegría la victoria de la Pascua, donde la muerte no tiene la última palabra y la vida renace con la fuerza del Resucitado.



SÍMBOLO

Es verdad que nuestra vida es una vida plagada de símbolos simbólica que nos ayudan a llegar a una realidad que nos trasciende, por eso te invitamos a preparar un espacio significativo durante la Cuaresma y la Pascua.

Prepara un lugar donde puedes poner un paño morado (en Pascua se cambiará por uno blanco), encima coloca la Palabra de Dios abierta por el Evangelio de cada domingo (o si es la Biblia que utilizas para tu oración diaria, puedes tenerla abierta por el Evangelio correspondiente a cada día). Si te es posible coloca junto a la Palabra un crucifijo significativo, y delante un cuenco vacío, que luego en Pascua lo llenaremos con el agua bendecida en la Vigilia Pascual y que conservaremos durante toda la Pascua, del cual, cada día tomaremos un poco para santiguarnos y recordar nuestra condición de bautizados, de hijos de Dios. Luego, ya en Pascua podrás poner junto a la cruz un cirio, signo de la luz de Cristo resucitado, o bien el que te entreguen en la Vigilia u otro significativo. Así mismo podrás adornar ese espacio con flores, signo de la alegría y de la vida.



LECTIO DIVINA:

ENCUENTRO CON DIOS EN SU PALABRA

La Cuaresma es un tiempo privilegiado para adentrarnos en la Palabra de Dios. Durante estos cuarenta días, la Iglesia nos invita a transformar nuestro corazón mediante el encuentro personal con Jesucristo. Una de las formas más antiguas y fecundas de orar con la Escritura es la Lectio Divina, una práctica que se remonta a los primeros siglos del cristianismo y que hoy queremos recuperar como camino de conversión y renovación interior.

¿Qué es la Lectio Divina?

La expresión latina 'Lectio Divina' significa 'Lectura Divina' o 'Lectura orante de la Palabra de Dios'. No se trata simplemente de leer un texto bíblico para informarnos o estudiarlo académicamente, sino de una lectura espiritual que nos lleva al encuentro vivo con Dios que nos habla hoy, aquí y ahora, a través de su Palabra.

Como nos recuerda el Concilio Vaticano II en la Constitución Dei Verbum: 'La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor' (DV 21). La Lectio Divina es, por tanto, un modo privilegiado de alimentarnos del Pan de la Palabra, complemento indispensable del Pan de la Eucaristía.

La importancia de la Lectio Divina en nuestra vida cristiana

El Papa Benedicto XVI nos recordaba que 'la Palabra de Dios es la primera fuente de toda espiritualidad cristiana'. Sin un contacto asiduo y orante con la Escritura, nuestra vida de fe se debilita y nuestra relación con Jesús se vuelve superficial. La Lectio Divina nos permite:

- Escuchar personalmente la voz de Dios que nos habla y nos llama por nuestro nombre.
- Conocer el proyecto de amor que Dios tiene para cada uno de nosotros.
- Transformar nuestro corazón y nuestra mente según el Evangelio.
- Discernir la voluntad de Dios en las circunstancias concretas de nuestra vida.
- Fortalecer nuestra esperanza en medio de las dificultades.

Los cuatro pasos de la Lectio Divina

La tradición monástica, especialmente a través de Guigo II el Cartujo en el siglo XII, nos ha transmitido cuatro pasos fundamentales que configuran la Lectio Divina. Estos cuatro momentos no son etapas rígidas, sino movimientos del corazón que se entrelazan como los peldaños de una escalera que nos conduce al encuentro con Dios:

1. LECTIO (Lectura): ¿Qué dice el texto?

Es el primer contacto con el texto bíblico. Se trata de leer pausadamente, con atención, saboreando cada palabra. No buscamos leer mucho, sino leer bien. Leemos el pasaje una o dos veces, identificando personajes, situaciones, palabras que se repiten, el contexto. Es como cuando recibimos una carta de alguien querido: la leemos despacio, fijándonos en cada detalle.

2. MEDITATIO (Meditación): ¿Qué me dice el texto?

Ahora profundizamos en el texto, lo 'rumiamos' como hacían los monjes antiguos. Nos preguntamos: ¿Qué me dice Dios a mí en este texto? ¿Qué palabra o frase resuena especialmente en mi corazón? ¿Cómo se relaciona con mi vida concreta? Es el momento de dejar que la Palabra ilumine nuestra existencia, nuestras alegrías, nuestras preocupaciones, nuestras decisiones.

3. ORATIO (Oración): ¿Qué le digo a Dios?

La meditación nos conduce naturalmente a la oración. Respondemos a Dios que nos ha hablado. Le abrimos nuestro corazón con confianza filial. Puede ser una oración de alabanza, de acción de gracias, de súplica, de perdón. Es un diálogo íntimo con el Señor que ha salido a nuestro encuentro en su Palabra. No hace falta usar palabras rebuscadas; basta la sinceridad del corazón.

4. CONTEMPLATIO (Contemplación): ¿Qué conversión me pide el Señor?

Es el momento culminante de la Lectio Divina. Descansamos en la presencia de Dios, dejamos que su amor nos transforme. Ya no son necesarias muchas palabras. Es como dos enamorados que se miran en silencio. Contemplamos el misterio de Dios revelado en su Palabra y nos dejamos abrazar por su misericordia. De este encuentro brota el compromiso: ¿Qué me pide Dios que cambie en mi vida? ¿A qué me llama?

Cómo hacer la Lectio Divina: consejos prácticos

Para vivir fructíferamente la Lectio Divina, te ofrecemos algunas sugerencias prácticas:

- **Busca un lugar tranquilo:** Necesitas un espacio donde puedas estar a solas con el Señor, sin interrupciones ni distracciones.
- **Elige un tiempo adecuado:** Dedicar al menos 20-30 minutos. Mejor por la mañana, cuando la mente está más despejada, o por la noche, como revisión del día.
- **Comienza invocando al Espíritu Santo:** Es el Espíritu quien inspiró las Escrituras y quien ahora las actualiza en tu corazón. Pídele que abra tu mente y tu corazón.
- **Ten a mano tu Biblia:** Es importante leer directamente de la Sagrada Escritura.
- **No tengas prisa:** Es un encuentro de amor que requiere tiempo y paciencia.
- **Lleva un cuaderno espiritual:** Puedes anotar las palabras que te han tocado el corazón, tus oraciones, tus compromisos.
- **Sé constante:** Como toda relación, la amistad con Dios crece con la frecuencia del trato. Procura hacer Lectio Divina diariamente, o al menos varias veces por semana.

La Lectio Divina en tiempo de Cuaresma

Este material que tienes en tus manos te propone recorrer la Cuaresma haciendo Lectio Divina con los Evangelios de cada domingo. Cada semana encontrarás una propuesta estructurada que sigue los pasos de la Lectio Divina adaptados a tu realidad:

- Una oración inicial para invocar al Espíritu Santo.
- Un comentario al texto bíblico que te ayudará a comprenderlo mejor.
- Una propuesta de canción para rezar cantando.
- Preguntas para la meditación personal.
- Un espacio para la oración personal.
- Un compromiso concreto para vivir la Palabra.
- Una oración final.

DOMINGO 22 de febrero. 1º DE CUARESMA

«Jesús nos acompaña en el desierto de nuestras tentaciones»

Gén 2, 7-9; 3, 1-7: Creación y pecado de los primeros padres.

Sal 50: Misericordia, Señor: hemos pecado.

Rom 5, 12-19: Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia.

Mateo 4, 1-11: No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.



INVOCACIÓN AL ESPÍRITU SANTO

Ven, Espíritu Santo, ilumina nuestro corazón.

Tú que condujiste a Jesús al desierto para ser probado, guíanos también a nosotros en este tiempo de Cuaresma.

Abre nuestros oídos para escuchar la Palabra de Dios que es alimento más importante que el pan.

Abre nuestros ojos para reconocer las tentaciones que nos acechan cada día.

Abre nuestro corazón para acoger la gracia de la conversión y la transformación.

Fortalece nuestra voluntad para resistir al tentador y vencer el mal con el bien.

Enséñanos a depender solo de Dios y a combatir las tentaciones con la fuerza de su Palabra.

Que en este desierto cuaresmal aprendamos a orar, a ayunar y a amar como Jesús.

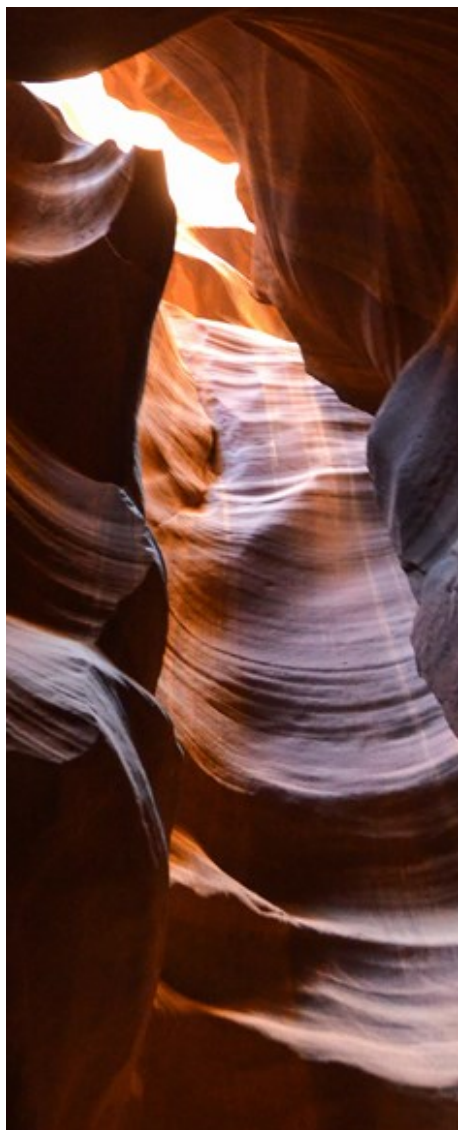
Espíritu de fortaleza, acompáñanos en nuestro camino hacia la Pascua.

Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.



LECTURA: Mateo 4, 1-11

Entonces Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo. Y después de ayunar cuarenta días con sus cuarenta noches, al fin sintió hambre. El tentador se le acercó y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes». Pero él le contestó: «Está escrito: “No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”». Entonces el diablo lo llevó a la ciudad santa, lo puso en el alero del templo y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: “Ha dado órdenes a sus ángeles acerca de ti y te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece con las piedras”». Jesús le dijo: «También está escrito: “No tentarás al Señor, tu Dios”». De nuevo el diablo lo llevó a un monte altísimo y le mostró los reinos del mundo y su gloria, y le dijo: «Todo esto te daré, si te postras y me adoras». Entonces le dijo Jesús: «Vete, Satanás, porque está escrito: “Al Señor, tu Dios, adorarás y a él solo darás culto”». Entonces lo dejó el diablo, y he aquí que se acercaron los ángeles y lo servían.



El evangelio de este primer domingo nos presenta a Jesús en el desierto, conducido por el Espíritu, enfrentando las tentaciones del diablo durante cuarenta días. Es significativo que Jesús, después de su bautismo donde el Padre proclama "Este es mi Hijo amado", sea llevado inmediatamente al desierto. El desierto es el lugar del encuentro con Dios, pero también el lugar de la prueba.

Las tres tentaciones que el diablo presenta a Jesús son las mismas que nos acechan a nosotros hoy: la tentación del **tener** (convertir las piedras en pan - buscar seguridad solo en lo material), la tentación del **poder** (adorar al diablo para obtener todos los reinos - buscar el éxito a cualquier precio), y la tentación de usar a **Dios a nuestro antojo** (tirarse del templo para que los ángeles lo salven - un Dios espectacular según nuestros deseos).

Jesús vence cada tentación citando la Palabra de Dios, mostrándonos que la verdadera libertad está en la obediencia amorosa al Padre. El Salmo 50 que rezamos hoy nos pone en actitud de humildad: "Misericordia, Dios mío, por tu bondad". Reconocemos nuestra fragilidad, como Adán y Eva en el Génesis que sucumbieron a la tentación, pero confiamos en que Jesús, el nuevo Adán, ha vencido por nosotros.

Jesús nos acompaña en el desierto de nuestras tentaciones. No estamos solos cuando el camino se hace difícil, cuando debemos elegir entre el bien y el mal. Él camina con nosotros y nos enseña a vencer.



CANTO

No solo de pan vive el hombre (Alejandro Domínguez)

**NO SOLO DE PAN VIVE EL HOMBRE, SINO DE TODA PALABRA
QUE VIENE DE DIOS, SOLO DE DIOS, DICE EL SEÑOR.
NO SOLO DE PAN VIVE EL HOMBRE, SINO DE TODA PALABRA
QUE VIENE DE DIOS, SOLO DE DIOS, DICE EL SEÑOR.**

Ayúdame Señor, ven ayúdame,
yo quiero tener hambre, hambre de tí
hambre de tu palabra, palabra eterna yo me deleitaré

Ayúdame Señor, ven ayúdame,
aumenta mi esperanza y mi fe;
renuévame Señor y lléname, lléname de amor





MEDITACIÓN

Dedica unos minutos de silencio para reflexionar:

- ¿Cuáles son mis "desiertos" actuales? ¿Qué momentos difíciles, de soledad o de crisis estoy atravesando?
- ¿Cuáles son las tentaciones que más me cuestan vencer? ¿La tentación del tener (materialismo, consumismo), del poder (ambición, control), o de un Dios a mi medida?
- ¿Con qué "alimento" mi vida espiritual? ¿Me nutro de la Palabra de Dios o busco llenar mi vacío con otras cosas?
- ¿Confío verdaderamente en que Jesús me acompaña en mis pruebas y desiertos?
- ¿Qué Palabra de Dios puedo hacer mía esta semana para resistir las tentaciones?



ORACIÓN

Ahora, en silencio, habla con Jesús desde tu corazón. Cuéntale tus desiertos, tus tentaciones, tus miedos, tus luchas. Pídele que te acompañe en este tiempo de Cuaresma. Agradécele su presencia constante a tu lado. Dale gracias porque Él venció la tentación por ti y te ofrece su fuerza. Permanece unos momentos en silencio escuchando lo que el Señor quiere decirte...

(Guarda 3-5 minutos de silencio para tu oración personal)



COMPROMISO

Os proponemos algunas ideas, pero el compromiso ha de nacer de tu oración:

- **Leer cada día** un pasaje del Evangelio (aunque sean solo unos versículos). Alimentarme de la Palabra.
- **Identificar una tentación concreta** que me aleja de Dios y pedirle ayuda cada vez que me enfrente a ella.
- **Practicar algún ayuno** (de comida, de redes sociales, de televisión, de críticas...) para aprender a depender más de Dios que de las cosas.
- **Dedicar 10 minutos diarios** a la oración en silencio, buscando mi "desierto" interior donde encuentro a Dios.



ORACIÓN FINAL

Terminamos rezando todos juntos esta oración:

Señor Jesús, gracias por acompañarnos en el desierto de nuestra vida. Tú conoces nuestras tentaciones y nuestras debilidades mejor que nosotros mismos. Fortalécenos con tu Palabra para que, como tú, sepamos vencer el mal con el bien. Que este tiempo de Cuaresma sea para nosotros un tiempo de conversión verdadera, de encuentro profundo contigo, de transformación del corazón. Que tu Espíritu nos conduzca siempre por el camino que lleva al Padre. Confiamos en ti, Señor. Amén.

DOMINGO 1 de marzo. 2º DE CUARESMA

«Jesús nos acompaña y transfigura nuestra mirada»

Génesis 12, 1-4: “Vocación de Abraham, padre del pueblo de Dios.

Salmo 197: “Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros como lo esperamos de Ti.

2 Timoteo 1,8b-10: Dios nos llama y nos ilumina.

Mateo 17, 1-9: En el esplendor de la nube se oyó la voz del Padre: «Este es mi Hijo, el Elegido, escuchadlo».



INVOCACIÓN AL ESPÍRITU SANTO

Ven, Espíritu Santo, ilumina nuestro corazón.

Tú que reposaste sobre Jesús en el monte de la Transfiguración, ven también sobre nosotros. Concédenos la gracia de "subir al monte" de la oración, dejando por un momento las preocupaciones del valle.

Abre nuestros ojos para contemplar la belleza y la gloria de Cristo.

Transfigura nuestra mirada cansada, nuestra visión limitada por el pecado y las preocupaciones. Ayúdanos a ver la presencia de Dios en los acontecimientos de cada día, a reconocer su gloria escondida en los hermanos.

Que podamos escuchar hoy la voz del Padre que nos dice: "Este es mi Hijo amado, escuchadlo".

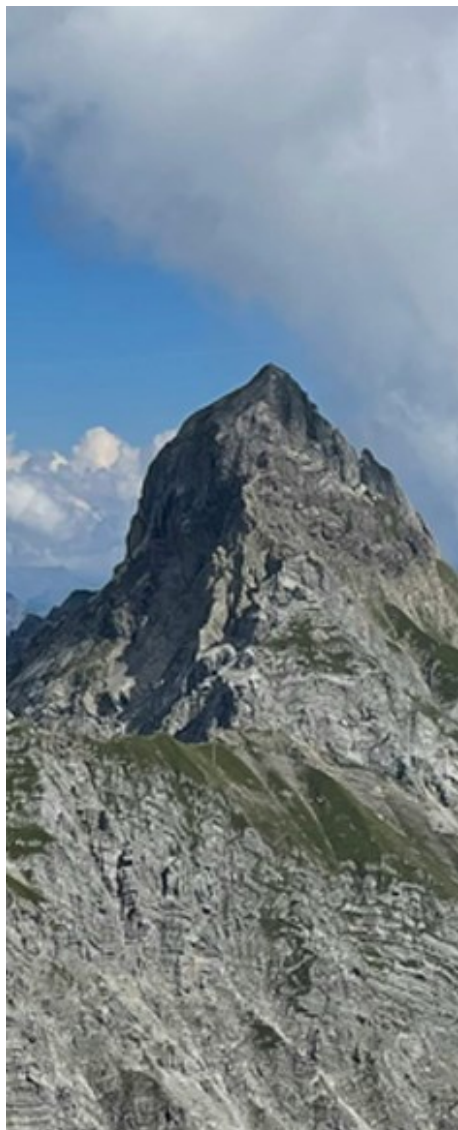
Haznos dóciles a la Palabra de Jesús, dispuestos a seguirle incluso cuando el camino se hace difícil. Espíritu de luz, transfigura nuestro corazón.

Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.



LECTURA: Mateo 17, 1-9

En aquel tiempo, Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo. Y después de ayunar cuarenta días con sus cuarenta noches, al fin sintió hambre. El tentador se le acercó y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes». Pero él le contestó: «Está escrito: “No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”». Entonces el diablo lo llevó a la ciudad santa, lo puso en el alero del templo y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: “Ha dado órdenes a sus ángeles acerca de ti y te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece con las piedras”». Jesús le dijo: «También está escrito: “No tentarás al Señor, tu Dios”». De nuevo el diablo lo llevó a un monte altísimo y le mostró los reinos del mundo y su gloria, y le dijo: «Todo esto te daré, si te postras y me adoras». Entonces le dijo Jesús: «Vete, Satanás, porque está escrito: “Al Señor, tu Dios, adorarás y a él solo darás culto”». Entonces lo dejó el diablo, y he aquí que se acercaron los ángeles y lo servían.



En este segundo domingo de Cuaresma, subimos con Jesús al monte Tabor. Jesús toma consigo a Pedro, Santiago y Juan, y mientras ora, su rostro resplandece como el sol y sus vestidos se vuelven blancos como la luz. Aparecen Moisés y Elías conversando con él. La voz del Padre resuena desde la nube: "Este es mi Hijo amado, en quien me complazco; escuchadlo". Este momento es crucial en el camino hacia Jerusalén. Jesús acaba de anunciar a sus discípulos que debe sufrir, ser rechazado y morir. Pedro incluso ha intentado impedirselo. Y ahora, Dios Padre confirma la identidad de Jesús y nos pide que lo escuchemos. La Transfiguración nos recuerda que el camino de la cruz no es el final, sino que conduce a la resurrección y la gloria.

El primer testimonio de fe de Abrahán en la primera lectura nos muestra que la fe es ponerse en camino confiando en Dios, dejando seguridades. El Salmo 32 expresa nuestra confianza: "Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad".

Jesús nos acompaña transfigurando nuestra mirada. Nos enseña a ver más allá de las apariencias, a descubrir la luz en medio de la oscuridad, a confiar en que el sufrimiento puede ser transformado en gloria si lo vivimos unidos a Él. La oración es el "monte Tabor" donde nuestra mirada se transfigura.



CANTO

Al Estar En La Presencia (*Hakuna Group Music*)



Al estar en la presencia
De tu divinidad
Y al contemplar la hermosura
De tu santidad
Mi espíritu se alegra
En tu majestad
Te adoro a ti
Te adoro a ti

Cuando veo la grandeza
De tu dulce amor
Y compruebo la pureza
De tu corazón
Mi espíritu se alegra
En tu majestad
Te adoro a ti
Te adoro a ti

Y al estar aquí, delante de ti, te adoraré
Postrado ante ti, mi corazón te adora, oh Dios

Y siempre quiero estar para adorar
Y contemplar tu santidad
Te adoro a ti, Señor
Te adoro a ti

Y al estar aquí, delante de ti, te adoraré
Postrado ante ti, mi corazón te adora, oh Dios

Y siempre quiero estar para adorar
Y contemplar tu santidad
Te adoro a ti, Señor
Te adoro a ti



MEDITACIÓN

Dedica unos minutos de silencio para reflexionar:

- ¿Dedico tiempo a "subir al monte", es decir, a estar a solas con Jesús en la oración? ¿O vivo siempre en el "valle" de las ocupaciones?
- ¿Cómo veo a Jesús? ¿Solo como maestro y ejemplo, o reconozco en Él al Hijo de Dios?
- ¿Escucho verdaderamente a Jesús en mi vida? ¿Qué me está diciendo en este momento concreto?
- ¿Qué aspectos de mi vida, de mis relaciones, de mi manera de ver el mundo necesitan ser transfigurados por la luz de Cristo?
- ¿Confío en que mis sufrimientos y cruces pueden ser transformados en gloria si los uno a Cristo?



ORACIÓN

En silencio, pide a Jesús que transfigure tu mirada. Que te enseñe a ver la vida con sus ojos, a descubrir su presencia en cada persona y situación, especialmente en las más difíciles. Agradécele porque te acompaña en el camino y te revela su gloria. Pídele la gracia de escucharle de verdad, de seguirle con fidelidad incluso cuando el camino se hace oscuro...

(Guarda 3-5 minutos de silencio para tu oración personal)



COMPROMISO

Os proponemos algunas ideas, pero el compromiso ha de nacer de tu oración:

- **Dedicar cada día 15-20 minutos** a la oración personal, en silencio, "subiendo al monte" con Jesús.
- **Leer y meditar** el Evangelio del domingo en familia o con mi comunidad, compartiendo qué me dice Jesús.
- **Buscar el rostro de Cristo** en una persona que sufre, está sola o necesita ayuda. Visitarla o llamarla.
- **Escuchar de verdad** a alguien esta semana, dándole toda mi atención, sin juzgar, viendo en esa persona a Cristo.



ORACIÓN FINAL

Terminamos rezando todos juntos esta oración:

Señor Jesús, gracias por revelarnos tu gloria en el monte de la Transfiguración. Gracias porque nos acompañas transfigurando nuestra mirada, ayudándonos a ver más allá de lo visible, a descubrir la luz en medio de las tinieblas. Enséñanos a escucharte cada día, a reconocerte como el Hijo amado del Padre, a seguirte con confianza. Que tu luz ilumine nuestras oscuridades y transforme nuestros sufrimientos en camino de gloria. Fortalece nuestra esperanza en la resurrección. Camina con nosotros hacia la Pascua. Amén.

DOMINGO 8 de marzo. 3º DE CUARESMA

«Jesús nos acompaña llamándonos a la conversión»

Éxodo 17, 3-7: Danos agua de beber.

Salmo 94: Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor: «No endurezcáis vuestro corazón».

Romanos 5, 1-2.5-8: El amor ha sido derramado en nosotros por el Espíritu que se nos ha dado.

Juan 4, 5-42: Señor, tú eres de verdad el Salvador del mundo; dame agua viva, así no tendré más sed.



INVOCACIÓN AL ESPÍRITU SANTO

Ven, Espíritu Santo, ilumina nuestro corazón.

Tú que eres el agua viva que Jesús prometió a la samaritana, sacia la sed de nuestro espíritu. Ayúdanos a reconocer nuestra sed más profunda, esa sed de felicidad, de sentido, de amor verdadero que solo Dios puede saciar.

Concédenos la gracia de un encuentro personal con Jesús, como el que vivió la mujer junto al pozo. Muéstranos las zonas de nuestra vida que necesitan ser purificadas y renovadas.

Danos valentía para reconocer nuestros pecados y experimentar la misericordia de Dios. Convierte nuestro corazón de piedra en un corazón de carne, sensible a Dios y a los hermanos.

Haznos misioneros de la Buena Noticia, capaces de compartir con otros el agua viva que hemos recibido. Espíritu de conversión, renueva nuestra vida.

Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.



LECTURA: Juan 4, 5-42:

En aquel tiempo, llegó Jesús a una ciudad de Samaría llamada Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José; allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al pozo. Era hacia la hora sexta. Llega una mujer de Samaria a sacar agua, y Jesús le dice: «Dame de beber». Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida. La samaritana le dice: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?» (porque los judíos no se tratan con los samaritanos). Jesús le contestó: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice “dame de beber”, le pedirías tú, y él te daría agua viva». La mujer le dice: «Señor, si no tienes cubo, y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?; ¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?». Jesús le contestó: «El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida

eterna». La mujer le dice: «Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla». Él le dice: «Anda, llama a tu marido y vuelve». La mujer le contesta: «No tengo marido». Jesús le dice: «Tienes razón, que no tienes marido: has tenido ya cinco, y el de ahora no es tu marido. En eso has dicho la verdad». La mujer le dice: «Señor, veo que tú eres un profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte, y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén». Jesús le dice: «Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis a uno que no conocéis; nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que lo adoren así. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y verdad». La mujer le dice: «Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga, él nos lo dirá todo». Jesús le dice: «Soy yo, el que habla contigo». En esto llegaron sus discípulos y se extrañaban de que estuviera hablando con una mujer, aunque ninguno le dijo: «¿Qué le preguntas o de qué le hablas?». La mujer entonces dejó su cántaro, se fue al pueblo y dijo a la gente: «Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho; ¿será este el Mesías?». Salieron del pueblo y se pusieron en camino adonde estaba él. Mientras tanto sus discípulos le insistían: «Maestro, come». Él les dijo: «Yo tengo un alimento que vosotros no conocéis». Los discípulos comentaban entre ellos: «¿Le habrá traído alguien de comer?». Jesús les dice: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra. ¿No decís vosotros que faltan todavía cuatro meses para la cosecha? Yo os digo esto: levantad los ojos y contemplad los campos, que están ya dorados para la siega; el segador ya está recibiendo salario y almacenando fruto para la vida eterna: y así, se alegran lo mismo sembrador y segador. Con todo, tiene razón el proverbio: uno siembra y otro siega. Yo os envié a segar lo que no habéis trabajado. Otros trabajaron y vosotros entrasteis en el fruto de sus trabajos». En aquel pueblo muchos samaritanos creyeron en él por el testimonio que había dado la mujer: «Me ha dicho todo lo que he hecho». Así, cuando llegaron a verlo los samaritanos, le rogaban que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Todavía creyeron muchos más por su predicación, y decían a la mujer: «Ya no creemos por lo que tú dices; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo».

El encuentro de Jesús con la samaritana junto al pozo de Jacob es uno de los relatos más hermosos del Evangelio. Jesús, cansado del camino, rompe todas las barreras: habla con una mujer (los rabinos no debían hacerlo), con una samaritana (judíos y samaritanos no se trataban), con una pecadora (vivía en situación irregular).

Jesús pide agua, pero en realidad es Él quien tiene agua para dar: el agua viva del Espíritu Santo. A través del diálogo, Jesús va llevando a la mujer desde su sed superficial (el agua del pozo) hasta su sed más profunda (el amor, el sentido de la vida, Dios). Jesús le revela su vida con verdad y misericordia, sin condenarla: "Has tenido cinco maridos y el que ahora tienes no es tu marido".

La mujer experimenta la conversión: reconoce su pecado, descubre que Jesús es el Mesías, deja su cántaro (sus seguridades antiguas) y va a anunciar a Cristo a su pueblo. Se convierte en misionera. El Salmo 94 nos recuerda: "Ojalá escuchéis hoy su voz: no endurezcáis el corazón".

Jesús nos acompaña llamándonos a la conversión. Nos invita a reconocer nuestra sed más profunda y a buscar en Él el agua que sacia de verdad. Como el pueblo en el desierto que murmuró contra Dios (primera lectura), a veces nosotros también buscamos llenar nuestra sed en pozos rotos que no sacian.



CANTO

Tu eres el agua viva (Hermana Glenda)



Manifiesta tu santidad y....
tómame dentro lo que me disperse,
recógeme de donde me perdí y llévame de nuevo al corazón.

**TU ERES EL AGUA VIVA (TU ERES EL AGUA VIVA)
TU ERES EL AGUA PURA (TU ERES EL AGUA PURA)
INUNDAME, INUNDAME Y TODO SE TRANSFORMARA EN MI
TU ERES EL AGUA VIVA (TU ERES EL AGUA VIVA)
TU ERES EL AGUA PURA (TU ERES EL AGUA PURA)
INUNDAME, INUNDAME Y TODO SE TRANSFORMARA EN MI**

1. Mi tierra se abrirá a tu lluvia
mis rocas ya no aran daño a nadie
mis montes se aran camino, para todos
mi pasto abundante medicina será
para todo el que coma de mí,
yo seré la tierra, que mana leche y miel

2. Me darás unas entrañas nuevas
mis rocas ya no aran daño a nadie
solo acariciara,
fúndeme tu espíritu señor y has que se
encariñe conmigo, que quieres ser morada en mi
y así tenga, sabor a ti
entonces habitare en la tierra, que es mía
y yo seré tu pueblo y tu serás mi dios.



MEDITACIÓN

Dedica unos minutos de silencio para reflexionar:

- ¿Cuál es mi sed más profunda? ¿Qué es lo que realmente anhele en la vida?
- ¿En qué "pozos" intento saciar mi sed? ¿En las cosas materiales, en el éxito, en las relaciones, en los placeres? ¿Me sacian de verdad?
- ¿Tengo sed de Dios? ¿Busco encuentros personales con Jesús en la oración, en los sacramentos, en su Palabra?
- ¿Qué aspectos de mi vida necesitan ser purificados por la verdad de Cristo? ¿Qué "cántaros" (seguridades falsas, apegos, pecados) debo dejar?
- ¿Comparto con otros el agua viva que he recibido? ¿Soy misionero como la samaritana?



ORACIÓN

Ahora habla con Jesús sentado junto al pozo de tu corazón. Cuéntale tu sed, tus búsquedas, tus frustraciones. Reconoce ante Él los "pozos rotos" donde has buscado llenar tu vida. Pídele que te dé de beber de su agua viva. Agradécele porque te conoce y te ama tal como eres. Pídele la gracia de una conversión profunda y verdadera...

(Guarda 3-5 minutos de silencio para tu oración personal)



COMPROMISO

Os proponemos algunas ideas, pero el compromiso ha de nacer de tu oración:

- **Celebrar el sacramento de la Reconciliación** esta semana. Prepararme bien, examinar mi conciencia y acudir con confianza.
- **Identificar un "pozo roto"** en mi vida (algo que me promete felicidad pero no me la da) y comenzar a desprenderme de él.
- **Dedicar tiempo a la adoración eucarística** o a la oración ante el Sagrario, donde puedo saciar mi sed de Dios.
- **Compartir mi fe** con alguien esta semana, como la samaritana compartió su encuentro con Jesús.



ORACIÓN FINAL

Terminamos rezando todos juntos esta oración:

Señor Jesús, gracias por sentarte junto al pozo de nuestro corazón y revelarnos nuestras sedes más profundas. Gracias porque no nos condenas, sino que nos ofreces el agua viva del Espíritu Santo. Perdona las veces que hemos buscado saciar nuestra sed en lugares equivocados, lejos de ti. Conviértenos, Señor. Renueva nuestro corazón. Danos de beber de tu agua viva para que nunca más tengamos sed. Y haznos misioneros de tu amor, capaces de llevar a otros hasta ti, fuente de vida eterna. Amén.

DOMINGO 15 de marzo. 4º DE CUARESMA

«Jesús nos acompaña iluminando nuestras tinieblas»

1 Samuel 16, 1b.6-7.10-13a: David es ungido rey de Israel.

Salmo 22: El Señor es mi pastor, nada me falta.

Efesios 5, 8-14: Levántate de entre los muertos y Cristo te iluminará.

Juan 9, 1-41: Yo soy la luz del mundo —dice el Señor—; el que me sigue tendrá la luz de la vida.



INVOCACIÓN AL ESPÍRITU SANTO

Ven, Espíritu Santo, ilumina nuestro corazón.

Tú que eres luz para nuestro camino, abre nuestros ojos para que podamos ver.

Reconocemos que muchas veces caminamos en tinieblas sin darnos cuenta, ciegos a la presencia de Dios, ciegos al sufrimiento de los hermanos, ciegos a nuestra propia realidad.

Ilumina nuestra ceguera espiritual con la luz de Cristo.

Haznos reconocer humildemente que sin Cristo estamos en tinieblas.

Concédenos el don de la fe para ver a Jesús y seguirle con fidelidad.

Ayúdanos a pasar de las tinieblas a la luz, del pecado a la gracia, de la muerte a la vida.

Que podamos decir con alegría, como el ciego curado: "Creo, Señor", y adorar a Jesús como nuestro Salvador.

Espíritu de verdad, muéstranos el camino.

Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.



LECTURA: Juan 9, 1-41

En aquel tiempo, al pasar, vio Jesús a un hombre ciego de nacimiento. Y sus discípulos le preguntaron: «Maestro, ¿quién pecó, este o sus padres, para que naciera ciego?». Jesús contestó: «Ni este pecó ni sus padres, sino para que se manifiesten en él las obras de Dios. Mientras es de día tengo que hacer las obras del que me ha enviado; viene la noche y nadie podrá hacerlas. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo». Dicho esto, escupió en la tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego, y le dijo: «Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado)». Él fue, se lavó, y volvió con vista. Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban: «¿No es ese el que se sentaba a pedir?». Unos decían: «El mismo». Otros decían: «No es él, pero se le parece». El respondía: «Soy yo». Y le preguntaban: «¿Y cómo se te han abierto los ojos?». Él contestó: «Ese hombre que se llama Jesús hizo barro, me lo untó en los ojos y me dijo que fuese a Siloé y que me lavase. Entonces fui, me lavé, y empecé a ver». Le preguntaron: «¿Dónde está él?». Contestó: «No lo sé».

Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. Era sábado el día que Jesús hizo barro y le abrió los ojos. También los fariseos le preguntaban cómo había adquirido la vista. Él les contestó: «Me puso barro en los ojos, me lavé y veo». Algunos de los fariseos comentaban: «Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado». Otros replicaban: «¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos?». Y estaban divididos. Y volvieron a preguntarle al ciego: «Y tú, ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?». Él contestó: «Que es un profeta». Pero los judíos no se creyeron que aquel había sido ciego y que había comenzado a ver, hasta que llamaron a sus padres y les preguntaron: «¿Es este vuestro hijo, de quien decís vosotros que nació ciego? ¿Cómo es que ahora ve?». Sus padres contestaron: «Sabemos que este es nuestro hijo y que nació ciego; pero cómo ve ahora no lo sabemos; y quién le ha abierto los ojos, nosotros tampoco lo sabemos. Preguntádselo a él, que es mayor y puede explicarse». Sus padres respondieron así porque tenían miedo a los judíos; porque los judíos ya habían acordado excluir de la sinagoga a quien reconociera a Jesús por Mesías. Por eso sus padres dijeron: «Ya es mayor, preguntádselo a él». Llamaron por segunda vez al hombre que había sido ciego y le dijeron: «Da gloria a Dios: nosotros sabemos que ese hombre es un pecador». Contestó él: «Si es un pecador, no lo sé; solo sé que yo era ciego y ahora veo». Le preguntan de nuevo: «¿Qué te hizo, cómo te abrió los ojos?». Les contestó: «Os lo he dicho ya, y no me habéis hecho caso; ¿para qué queréis oírlo otra vez?, ¿también vosotros queréis haceros discípulos suyos?». Ellos lo llenaron de improperios y le dijeron: «Discípulo de ese lo serás tú; nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios, pero ese no sabemos de dónde viene». Replicó él: «Pues eso es lo raro: que vosotros no sabéis de dónde viene, y, sin embargo, me ha abierto los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, sino al que es piadoso y hace su voluntad. Jamás se oyó decir que nadie le abriera los ojos a un ciego de nacimiento; si este no viniera de Dios, no tendría ningún poder». Le replicaron: «Has nacido completamente empecatado, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros?». Y lo expulsaron. Oyó Jesús que lo habían expulsado, lo encontró y le dijo: «¿Crees tú en el Hijo del hombre?». Él contestó: «¿Y quién es, Señor, para que crea en él?». Jesús le dijo: «Lo estás viendo: el que te está hablando, ese es». Él dijo: «Creo, Señor». Y se postró ante él. Dijo Jesús: «Para un juicio he venido yo a este mundo: para que los que no ven, vean, y los que ven, se queden ciegos». Los fariseos que estaban con él oyeron esto y le preguntaron: «¿También nosotros estamos ciegos?». Jesús les contestó: «Si estuvierais ciegos, no tendríais pecado; pero como decís “vemos”, vuestro pecado permanece».

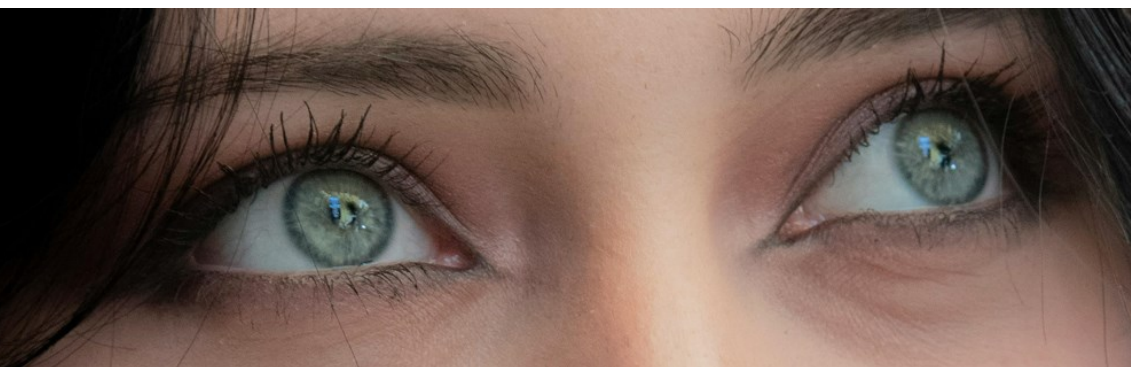
El Evangelio de hoy nos presenta a un ciego de nacimiento que mendiga junto al camino. Jesús lo ve (mientras otros pasan de largo), hace barro con saliva, unge sus ojos y le envía a lavarse en la piscina de Siloé. El hombre va, se lava, y regresa habiendo recuperado la vista.

Este milagro desencadena una serie de interrogatorios por parte de los fariseos que no quieren creer. El ciego, en cambio, crece en su fe hasta reconocer la divinidad de Jesús: primero dice que Jesús es "ese hombre", luego "un profeta", luego "viene de Dios", y finalmente confiesa: "Creo, Señor", y lo adora. Mientras tanto, los fariseos que presumen de ver se hunden en su ceguera espiritual.

El relato nos habla de las distintas cegueras: la física (que Jesús cura), y la espiritual (que solo se cura si reconocemos que estamos ciegos). Jesús dice: "He venido para que los que no ven vean, y los que ven se queden ciegos". Los fariseos preguntan: "¿También nosotros estamos ciegos?" Y Jesús responde: "Si estuvierais ciegos, no tendríais pecado, pero como decís: 'Vemos', vuestro pecado permanece".

El Salmo 22, "El Señor es mi pastor", nos recuerda que Dios nos guía y nos cuida. La primera lectura nos enseña que Dios mira el corazón, no las apariencias: David, el más pequeño, es elegido.

Jesús nos acompaña como luz que ilumina nuestras tinieblas. Nos invita a reconocer nuestra ceguera para poder ser curados. Nos llama a pasar de las tinieblas a la luz, como dice San Pablo en la segunda lectura.



CANTO

Abre mis ojos (Jesse Manibusan)



Abre mis ojos
que quiero ver como Tú.
Abre mis ojos,
Ayúdame a ver.

Abre mis oídos
que quiero oír como Tú.
Abre mis oídos
Ayúdame a oír.

Abre mi corazón,
que quiero amar como Tú.
Abre mi corazón
Ayúdame a amar.

Da me la alegría de tu salvación,
crea en mí un corazón puro.
No me arrojes lejos de tu rostro, Señor,
no me quites tu Santo Espíritu.

Abre mis ojos
que quiero ver como Tú.
Abre mis ojos,
Ayúdame a ver.



MEDITACIÓN

Dedica unos minutos de silencio para reflexionar:

- ¿De qué cegueras sufro? ¿Ceguera espiritual, ceguera ante las necesidades de los demás, ceguera ante mi propia realidad?
- ¿Reconozco que necesito ser iluminado por Cristo o pienso que "yo ya veo", que lo tengo todo claro?
- ¿Cómo ha iluminado Jesús mi vida? ¿Qué ha cambiado desde que lo conocí?
- ¿Soy como el ciego que crece en la fe, o como los fariseos que se cierran a la verdad?
- ¿Dejo que Jesús me unja con el "barro" de su gracia (sacramentos, Palabra, oración) o me resisto?



ORACIÓN

Ahora hálale a Jesús con sencillez. Pídele que ilumine las zonas oscuras de tu vida. Reconoce ante Él tu ceguera, tus puntos ciegos, lo que no quieres ver. Agradécele la luz de la fe que te ha dado. Pídele que aumente tu fe, que te ayude a verlo a Él y a ver la vida con sus ojos. Como el ciego curado, dile: "Creo, Señor"...

(Guarda 3-5 minutos de silencio para tu oración personal)



COMPROMISO

Os proponemos algunas ideas, pero el compromiso ha de nacer de tu oración:

- **Examinar mi conciencia** sinceramente: ¿en qué aspectos de mi vida estoy ciego? Pedirle a Dios que me ilumine.
- **Acercarme al sacramento de la Reconciliación** para que Jesús ilumine y cure mis cegueras.
- **Ayudar a alguien que está "ciego"** (perdido, confundido, en oscuridad): escucharlo, acompañarlo, señalarle la luz de Cristo.
- **Leer y meditar** el Evangelio de hoy completo (Jn 9,1-41) durante la semana, identificándome con el ciego.



ORACIÓN FINAL

Terminamos rezando todos juntos esta oración:

Señor Jesús, luz del mundo, gracias por iluminar nuestra oscuridad. Gracias porque quieres abrir nuestros ojos, curarnos de nuestras cegueras, llevarnos de las tinieblas a la luz. Perdónanos por las veces que hemos preferido la oscuridad a la luz, por haber cerrado los ojos a tu verdad. Ilumínanos, Señor. Haznos humildes para reconocer que sin ti estamos ciegos. Aumenta nuestra fe para que podamos verte, seguirte y adorarte como nuestro único Salvador. Que podamos decir con alegría: "Una cosa sé: que yo era ciego y ahora veo". Amén.

DOMINGO 22 de marzo. 5° DE CUARESMA

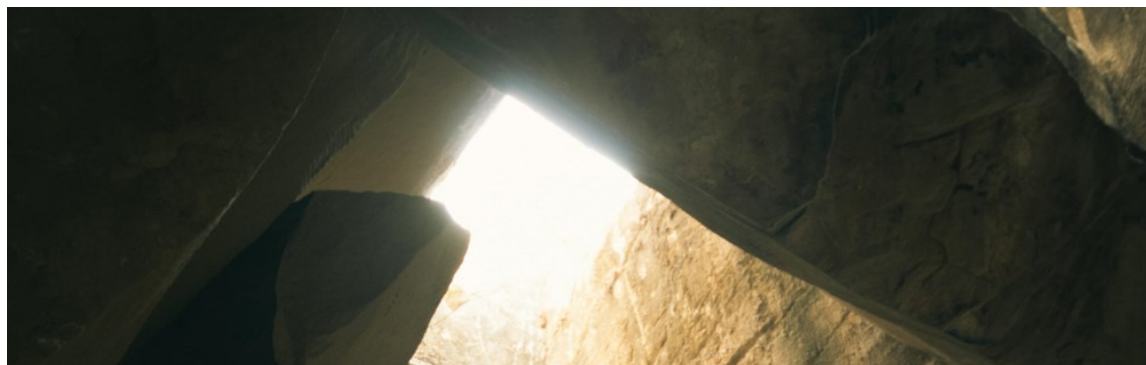
«Jesús nos acompaña escribiendo nuestra nueva historia»

Ezequiel 37, 12-14: Pondré mi Espíritu en vosotros y viviréis.

Salmo 129: Del Señor viene la misericordia, la redención copiosa.

Romanos 8, 8-11: El Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros.

Juan 11, 1-45: Yo soy la resurrección y la vida —dice el Señor—; el que cree en mí no morirá para siempre.



INVOCACIÓN AL ESPÍRITU SANTO

Ven, Espíritu Santo, ilumina nuestro corazón.

Tú que resucitaste a Jesús de entre los muertos, ven a dar vida a nuestros cuerpos mortales.

Reconocemos que hay tantas muertes en nuestra vida: muertes del espíritu, de la esperanza, de la alegría, de las relaciones.

Hay situaciones que parecen sin salida, sueños sepultados, heridas que no sanan.

Pero tú eres el Espíritu de vida, el que puede hacer nuevas todas las cosas.

Grita en nuestros sepulcros: "¡Sal fuera!". Llámanos a la vida nueva.

Quita la piedra de nuestros corazones endurecidos por el pecado y el egoísmo.

Desata las vendas que nos atan al pasado, al miedo, al rencor.

Danos vida abundante, vida divina, vida eterna que comienza ya aquí en la tierra.

Espíritu de resurrección, renueva toda nuestra vida.

Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.



LECTURA: Juan 11, 1-45

En aquel tiempo, había caído enfermo un cierto Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta, su hermana. María era la que ungió al Señor con perfume y le enjugó los pies con su cabellera; el enfermo era su hermano Lázaro. Las hermanas le mandaron recado a Jesús diciendo: «Señor, el que tú amas está enfermo». Jesús, al oírlo, dijo: «Esta enfermedad no es para la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella». Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo se quedó todavía dos días donde estaba. Solo entonces dijo a sus discípulos: «Vamos otra vez a Judea». Los discípulos le replicaron: «Maestro, hace poco intentaban apedrearte los judíos, ¿y vas a volver de nuevo allí?». Jesús contestó: «¿No tiene el día doce horas? Si uno camina de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero si camina de noche tropieza, porque la luz no está en él». Dicho esto, añadió: «Lázaro, nuestro amigo, está dormido; voy a despertarlo». Entonces le dijeron sus discípulos: «Señor, si duerme, se salvará». Jesús se refería a su muerte; en

cambio, ellos creyeron que hablaba del sueño natural. Entonces Jesús les replicó claramente: «Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de que no hayamos estado allí, para que creáis. Y ahora vamos a su encuentro». Entonces Tomás, apodado el Mellizo, dijo a los demás discípulos: «Vamos también nosotros y muramos con él». Cuando Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. Betania estaba poco de Jerusalén: unos quince estadios; y muchos judíos habían ido a ver a Marta y a María para darles el pésame por su hermano. Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedó en casa. Y dijo Marta a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá». Jesús le dijo: «Tu hermano resucitará». Marta respondió: «Sé que resucitará en la resurrección en el último día». Jesús le dijo: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?». Ella le contestó: «Sí, Señor: yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo». Y dicho esto, fue a llamar a su hermana María, diciéndole en voz baja: «El Maestro está ahí y te llama». Apenas lo oyó se levantó y salió adonde estaba él, porque Jesús no había entrado todavía en la aldea, sino que estaba aún donde Marta lo había encontrado. Los judíos que estaban con ella en casa consolándola, al ver que María se levantaba y salía deprisa, la siguieron, pensando que iba al sepulcro a llorar allí. Cuando llegó María adonde estaba Jesús, al verlo se echó a sus pies diciéndole: «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano». Jesús, viéndola llorar a ella y viendo llorar a los judíos que la acompañaban, se conmovió en su espíritu, se estremeció y preguntó: «¿Dónde lo habéis enterrado?». Le contestaron: «Señor, ven a verlo». Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban: «¿Cómo lo quería!». Pero algunos dijeron: «Y uno que le ha abierto los ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que este muriera?». Jesús, conmovido de nuevo en su interior, llegó a la tumba. Era una cavidad cubierta con una losa. Dijo Jesús: «Quitad la losa». Marta, la hermana del muerto, le dijo: «Señor, ya huele mal porque lleva cuatro días». Jesús le replicó: «¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?». Entonces quitaron la losa. Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: «Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado». Y dicho esto, gritó con voz potente: «Lázaro, sal afuera». El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: «Desatadlo y dejadlo andar». Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él.

El Evangelio de la resurrección de Lázaro es el signo cumbre que Jesús realiza antes de su pasión. Lázaro, amigo de Jesús, está enfermo. Sus hermanas Marta y María envían a decirle: "Señor, aquel a quien amas está enfermo". Jesús llega cuando Lázaro ya lleva cuatro días muerto.

Marta sale a su encuentro y le dice: "Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano". Jesús le responde con una de las declaraciones más importantes del Evangelio: "Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre". Y pregunta a Marta: "¿Crees esto?". Marta responde: "Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios". Jesús se conmueve profundamente, llora (¡el versículo más corto de la Biblia: "Jesús lloró"!), y se acerca al sepulcro. Manda quitar la piedra, ora al Padre, y grita con voz potente: "¡Lázaro, sal fuera!". Y el muerto sale, atado de pies y manos con vendas. Jesús dice: "Desatadlo y dejadlo andar".

Este relato anuncia la resurrección de Jesús y la nuestra. El profeta Ezequiel nos habla de los huesos secos que vuelven a la vida. El Salmo 129 expresa nuestra esperanza: "Del Señor viene la misericordia". San Pablo nos recuerda que el Espíritu que resucitó a Jesús habita en nosotros.

Jesús nos acompaña escribiendo nuestra nueva historia. Viene a nuestras tumbas, llora con nosotros, y nos llama a la vida. Nos quita las piedras que nos aprisionan y nos libera de nuestras vendas.



CANTO

Todo Lo Haces Nuevo (Athenas)

Tu obras maravillas con tu gracia
Nada es imposible en tus manos
Ven hasta lo mas hondo de mi ser

Tu obras maravillas con tu gracia
Nada es imposible en tus manos
Ven hasta lo mas hondo de mi ser
Ven, creo en tu Palabra y tu Poder

**TODO LO HACES NUEVO, JESUS
TODO LO HACES NUEVO, JESUS
MI VIDA ES TUYA SEÑOR
RENUEVAME CON TU AMOR
SEÑOR JESÚS**



Limpia mis heridas con tu gracia
Quema con tu fuego hoy mi vida
Ven, hasta lo más hondo de mi ser,
Ven, creo en tu palabra y tu poder

Dejando todo atrás
Quiero volver a empezar
Restáurame, Renuévame



MEDITACIÓN

Dedica unos minutos de silencio para reflexionar:

- ¿Qué está "muerto" en mi vida? ¿Qué relaciones, sueños, esperanzas, áreas de mi persona parecen sin vida?
- ¿Creo de verdad que Jesús es "la resurrección y la vida"? ¿Confío en que puede resucitar lo que está muerto en mí?
- ¿Qué "piedras" tengo que quitar para que Jesús pueda actuar? ¿El miedo, el orgullo, el rencor, la desesperanza?
- ¿Qué "vendas" me atan todavía? ¿El pasado, el qué dirán, los complejos, los pecados?
- ¿Permito que otros me ayuden a "desatar las vendas" o quiero hacerlo todo solo?



ORACIÓN

Ahora, en silencio, presenta a Jesús tus "sepulcros": esas áreas de tu vida que están muertas o moribundas. Pídele que venga, que llore contigo si es necesario, pero sobre todo que grite con fuerza: "¡Sal fuera!". Confía en su poder de resucitar lo que está muerto. Agradécele porque Él es la vida y quiere compartirla contigo...

(Guarda 3-5 minutos de silencio para tu oración personal)



COMPROMISO

Os proponemos algunas ideas, pero el compromiso ha de nacer de tu oración:

- **Identificar una "muerte"** en mi vida (una relación rota, un sueño abandonado, una herida sin sanar) y pedirle a Jesús que la resucite. Dar un paso concreto hacia la reconciliación, el perdón o la sanación.
- **Preparar la Semana Santa** con esmero: participar en las celebraciones del Triduo Pascual (Jueves, Viernes, Vigilia).
- **Ser instrumento de resurrección** para alguien: animar a quien está desanimado, perdonar a quien me hirió, dar esperanza a quien la ha perdido.
- **Celebrar el sacramento de la Reconciliación** para experimentar la vida nueva que Cristo ofrece.



ORACIÓN FINAL

Terminamos rezando todos juntos esta oración:

Señor Jesús, resurrección y vida, gracias por venir a nuestros sepulcros. Gracias por llorar con nosotros, por conmoverte ante nuestro dolor. Gracias porque no te conformas con consolarnos, sino que nos llamas a salir de nuestras tumbas, a vivir de nuevo. Quitá las piedras que nos aprisionan.

Desata nuestras vendas. Danos vida nueva, vida abundante, vida eterna. Que tu Espíritu, que resucitó a Jesús de entre los muertos, dé vida también a nuestros cuerpos mortales. Fortalece nuestra fe. Renueva nuestra esperanza. Enciende en nosotros el fuego del amor.

Que podamos decir con Marta: "Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo". Y que podamos vivir como resucitados, anunciando tu victoria sobre la muerte. Amén.

CATEQUESIS DE CUARESMA

I Domingo Cuaresma

Tentados y fortalecidos

Con gran esperanza somos introducidos en el desierto cuaresmal, para que, llegados a la montaña santa reavivemos nuestra vocación de pueblo de la alianza (Prefacio V Cuaresma). La Cuaresma es un tiempo precioso que Dios nos regala para renovar nuestra condición de hijos y relanzar nuestra vida cristiana. Jesús, tras dejarse bautizar por Juan, recibe el Espíritu Santo, que lo conduce al desierto. No comienza su ministerio sin antes permanecer en intimidad con el Padre en el desierto, lugar inhóspito y estéril, durante cuarenta días con sus noches, evocando tantos hitos de la historia de salvación: Moisés, Elías, el pueblo de Israel... Al final de este tiempo, siente hambre.

Jesús, que dejó cumplir toda justicia en el Jordán, ahora se deja tentar por Satanás. En un evidente ejemplo de humildad, se abaja a nuestra frágil condición para enseñarnos cómo vencer los engaños del enemigo. Las tentaciones proceden del pecado, nos quieren conducir a él, pero en sí no son pecado. Las podemos «sentir», pero mientras no las «consintamos» no son nuestras y, por tanto, no caemos en ellas.

El Génesis nos habla de un proyecto amoroso del Padre que se vio derrumbado—no aniquilado— ante la caída en la primera tentación. El autor sitúa a la serpiente en su lugar: *Era más astuta entre las demás bestias del campo que el Señor había hecho* (Gén 3,1). Ella no es Dios, es creatura, pero con astucia envenenada. La tentación es sutil, envuelta en engaño, en exageración. No pregunta, sino que afirma mintiendo: *¿Conque Dios os ha dicho que no comáis de ningún árbol del jardín?* (Gén 3,1). No es verdad. Hay dos árboles en el Edén: el de la vida, del que la creatura puede comer, para tener acceso directo a Dios; y el de la ciencia del bien y del mal, del que ha de ayunar, respetando así al Creador, a quien solo corresponde conocer el bien y el mal (cf. Gén 2,17). La serpiente entabla un enredado diálogo con la mujer, connaturalizándola con el mal. He ahí el principio de su perdición. Y vuelve a mentir y a exagerar: *No, no moriréis* (Gén 3,4). Es la negación del Creador, que había dicho: *Tendrás que morir* (Gén 2,17). La serpiente presenta a Dios como enemigo y rival, prometiéndoles lo que no puede dar —el conocimiento del bien y del mal y una libertad sin límites—. Al tomar la mujer el fruto prohibido y al ofrecérselo a Adán, hacen propia la muerte y se les abren los ojos, descubriendo sus vergüenzas y el engaño de la promesa tentadora.

Aquella primera desobediencia nos constituyó a todos en pecadores; la obediencia de Cristo, nuevo Adán, nos convierte a todos en justos (cf. Rom 5,12-19). Jesús va al desierto para



enseñarnos el secreto para vencer al tentador: el ayuno, el silencio, la soledad y la oración. Tres son las tentaciones, paradigmas de todo engaño, y a todas las vence Jesús con la Escritura. En las dos primeras el demonio se dirige a Jesús como Hijo de Dios; en la tercera, no. En la primera, le tienta para que convierta las piedras en panes, y Jesús responde: *No solo de pan vive el hombre (Dt 8,3)*, sino de hacer la voluntad divina. En la segunda, manipulando la Escritura, Satanás le tienta con la caída y la recogida de los ángeles (cf. *Sal 91,11-12*). Jesús le contesta: *No tentarás al Señor, tu Dios (Dt 6,16)*. En la tercera, el diablo promete lo que no puede dar si Jesús se postra ante él, pero Él le dice: *Al Señor, tu Dios, solo adorarás (Dt 6,13)*. Placer, éxito y poder, tres engaños actuales a los que vencemos entrando, con Cristo, en diálogo con el Padre. ¡Tentados y fortalecidos! ¡Qué hermosa oportunidad!



II Domingo Cuaresma

Solo Jesús

La Cuaresma es un ascenso con Cristo a Jerusalén. Los discípulos habían recibido por tres veces el anuncio de su pasión, muerte y resurrección. Sin embargo, no comprendían el significado más profundo de esas palabras. El escándalo atenazaba sus torpes y desvalidos corazones. ¡Un Dios que sufre, que muere! ¡Imposible! Tras cada anuncio, siguieron pensando con mentalidad humana. No admitían una muerte así para Jesús, discutían quién era el más importante, y querían ocupar los primeros puestos. Jesús los corregía con delicadeza firme: «Pon tu pie sobre el mío», dirá a Pedro cuando este se oponga a la cruz (cf. *Mc 8,33*); el que más cuenta en el reino es aquel que se hace como un niño, dirá a los discípulos al discutir por el camino quién era el más importante (cf. *Mc 9,37*); y el primero que sea el servidor de todos, señalará a los Zebedeos, que querían tocar el poder (cf. *Mc 10,37*).

En medio de esta subida al Calvario, consciente de la vacilación de los suyos, Jesús se los lleva al monte, introduciéndolos, anticipadamente, en la luz y la claridad de su resurrección. San Mateo recuerda que el hecho ocurre seis días después (*Mt 17,1*); es decir, el séptimo, día del descanso. En el sexto día fue creado el hombre, lo que revela su imperfección; al entrar en intimidad con Dios en el séptimo día, el hombre halla su perfección. Es lo que sucede en el Tabor, preludio de la nueva creación que Jesús inaugura por su Pascua.

Los tres predilectos suben al monte y con ellos toda la humanidad, predilecta del Padre. Allí reciben tres grandes lecciones que custodiarán para siempre. En primer lugar, sabedor de sus tinieblas, Jesús los envuelve en luz para fortalecer sus corazones vacilantes ante la cruz. Su rostro aparece como el sol y sus vestidos como la nieve (Mt 17,2), anticipando su resurrección. Este rostro se tornara amargura en la pasión y quedara sin aspecto humano (Is 52,14). Sin embargo, los discípulos reciben, en germen, la certeza de que la belleza del Tabor es la misma del Calvario. Sus corazones son confirmados para la prueba.

En segundo lugar, contemplan una escena singular: Moisés y Elías custodian a Jesús cubiertos por la nube. La Ley y los Profetas conversan con Cristo acerca de lo que va a consumar en Jerusalén (cf. Lc 9,31). Jesús es revelado como el Mesías. Los discípulos comprenden que en El se cumplen todas las Escrituras, tal como, ya resucitado, explicara con calma a los de Emaús (cf. Lc 24,27). Ahora, atónitos, escuchan la voz del Padre que lo declara su Hijo predilecto (Mt 17,5). Si en el Sinaí Dios nos ofreció sus mandatos (cf. Ex 20,2-17), en el Tabor nos ofrece un único mandato: Escuchadlo. Les da, nos da, la clave para ser auténticos discípulos: acoger siempre con docilidad la palabra de Jesús, sin reduccionismos ni manipulaciones, aceptando íntegro su mensaje, aunque la cruz nos cause perplejidad.



En tercer lugar, la escena los sobrecoge y caen de bruces (Mt 17,6). Sin embargo, Jesús se acerca y, tocándolos, les dijo: Levantaos, no temáis (Mt 17,7). Es la misma expresión que utilizara en Getsemaní cuando vayan a prenderlo, para invitar a los suyos a seguirle hasta la cruz (cf. Mt 26,46). Ahora los invita a retomar el camino a Jerusalén con un gesto cercano, arrancándolos del miedo y la postración. La mano tendida de Cristo agarra con fuerza y disipa todo temor, en una invitación a fiarse de Dios sin dudar. ¡Él no defrauda!

Al final de la escena, Jesús, solo (Mt 17,7), como síntesis de nuestro camino discipular. Tras haber tomado parte en los padecimientos por el Evangelio (2 Tim 1, 8b), en nuestro ascenso al Padre, ¡solo Jesús! Entonces, hijos predilectos en el Predilecto, gozaremos del eterno Tabor.

III Domingo Cuaresma

Agua viva

A partir del tercer domingo de Cuaresma, la Liturgia en este ciclo A nos invita a recorrer el antiguo itinerario catecumenal, deteniéndonos en la mujer samaritana (Jn 4,5-42), en el ciego de nacimiento (Jn 9,1-41) y en la resurrección de Lázaro (Jn 11,1-44). El agua, la luz y la vida son temas bautismales que nos ayudarán a renovar nuestra condición de hijos y de discípulos en la Noche pascual. Jesús tenía que pasar por Samaría (Jn 4,4). Ese encuentro no fue fortuito,

Estaba planeado desde toda la eternidad. Hora sexta, mediodía. Nadie en las calles de Sicar. Una mujer avergonzada por su vida «agitada» acude a por agua. Jesús, cansado y sediento, se ha sentado junto al pozo, lugar donde habían acontecido algunos desposorios (cf. Ex 2,15; Gen 24). Hoy se va a producir otro.



Jesús se dirige a la samaritana y toma las riendas de la conversación: Dame de beber (Jn 4,7). Ella ve a un judío impertinente y le dice: «¿No sabes que no hay trato entre nosotros!». Sin embargo, Jesús vierte sobre ella palabras que comenzarán a transformar su existencia: Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice «dame de beber», le pedirías tu, y él te daría agua viva (Jn 4,10). La mujer se mantiene en el plano humano: el pozo es hondo, no tienes cubo. Le desafía: «¿Agua viva me vas a dar?, ¿eres mas que Jacob que nos dio este pozo?». Pero Jesús, con delicada paciencia, le hace comprender que se trata de otra agua.

La samaritana sacia la sed física y cada día debe ir al pozo a por agua para conservar la vida terrena. El agua de la que le habla Jesús sacia el alma, no se agota, es eterna y comunica la vida divina. Señala san Agustín que el cubo son las concupiscencias que nos lanzan a las profundidades tenebrosas de los placeres del mundo (cf. san Agustín, Tratados sobre el Evangelio de Juan 15,16). Nunca logran saciarnos, sino que nos dejan vacíos y tristes. Jesús quiere darle agua viva, que es don de Dios, porque solo El es el Salvador del mundo (Jn 4,43). En la roca que golpeo Moisés (cf. Ex 17,3-7) encontramos ya en imagen la Roca que será golpeada en el Calvario. Cristo con el costado abierto se convierte en surtidor que salta hasta la vida eterna (Jn 4,14). El agua viva es el don del Espíritu Santo.

Jesús da un giro a la conversación para descender al centro del alma de la samaritana y conquistarla. Le dice que traiga a su marido y ella declara no tenerlo. Jesús alaba su palabra veraz, que descubre a plena luz la tiniebla de su vida: Has tenido ya cinco, y el de ahora no es tu marido (Jn 4,18). Hasta seis. Jesús se presenta como el verdadero y único esposo de su alma. Junto al pozo, se esta produciendo todo un desposorio. El Espíritu y la esposa dicen: ¡Ven, Señor! (Ap 22,17).

IV Domingo Cuaresma

Luz del mundo

Con este pasaje del ciego de nacimiento vemos que, una vez más, Jesús sale al encuentro del que sufre. La escena comienza con una pregunta de los discípulos: ¿Quién pecó: este o sus padres, para que naciera ciego? (Jn 9,2). Jesús rompe, como ya hiciera el Libro de Job, con la antigua correspondencia pecado-enfermedad: Ninguno. Es para que se manifiesten en el las obras de Dios (Jn 9,3). Y esas obras son las que El realiza mientras esta en el mundo, siendo luz. Jesús sentencia desde el principio que el verdadero pecado no se traduce en la ceguera del ciego de nacimiento, sino en la de los que viven a oscuras por su arrogancia y suficiencia, orgullo y mundanidad. Eso es lo que Juan nos muestra en este relato, un auténtico itinerario que Jesús recorre con el joven, marcado por dos encuentros con el, al inicio y al final del pasaje. En el centro se describen cuatro conversaciones que el ciego que ha recuperado la vista mantiene con distintos personajes y que le llevarán a la madurez interior, por la que acabara reconociendo al Mesías.



Jesús se acerca y se entretiene con él. Hace barro con su propia saliva y lo unta con delicadeza en sus cuencas lastimadas. El pasaje evoca a la primera creación, donde Dios, del barro, forma al hombre (Gen 2,7). El pecado dejó al hombre sin luz interior, pero Cristo ha venido a devolvérsela, haciendo, por su Misterio pascual, una nueva creación, de la que este hombre recibe un anticipo. Jesús le ordena que vaya a lavarse. Los imperativos en la Escritura nos recuerdan quién es Dios, y cuando la creatura corresponde al mandato, en obediencia cordial, Dios vierte gracias cada vez más altas y extraordinarias. El joven recupera la vista externa, pero la pedagogía divina, permitiendo los diferentes encuentros, le hará alcanzar la interna, por la que primero descubre a Jesús como un hombre extraordinario, después como un profeta y, finalmente, como el Mesías.

Ese hombre llamado Jesús. Ante unos vecinos atónitos, que lo conocían desgraciado y mendigo, el joven testimonia el encuentro con Jesús y su curación (Jn 9,8-12). Para él, Jesús es un hombre extraordinario que le ha dado la vista. Pero solo un hombre.



Es un profeta. El segundo encuentro es con los fariseos que, en su vanidad y envidia, quieren tomar distancia de la verdad. No les interesa lo que ha hecho Jesús ni el testimonio que están recibiendo del ciego ya curado. Ellos se fijan en que no guarda el sábado y, por tanto, lo consideran pecador. Esa lucha intestina lleva al joven a reconocer a Jesús como un profeta (Jn 9,13-17).

El tercer encuentro es el de los padres con los fariseos. Ellos testimonian la ceguera de su hijo, pero ante el temor de llegar a ser expulsados de la sinagoga, cierran los ojos a la verdad, a la luz (Jn 9,18-23).

El cuarto encuentro aguilata la mirada interior del joven y lo dispone para el encuentro con Cristo. Colisiona con la soberbia de los fariseos, que pretenden manipular su testimonio y le dicen que de

gloria a Dios sentenciando a Jesús como un pecador. Están cerrados a la luz. Y el joven testimonia la verdad y a Aquel que la encarna. Su pregunta acerca de si quieren ser discípulos de Jesús provoca enojo, reacción suficiente para que el joven descubra un vínculo entre Jesús y Dios (Jn 9,24-34). Entonces es expulsado.

Jesús sale de nuevo a su encuentro para corresponder a su valiente búsqueda y su defensa de la verdad: ¿Crees en el Hijo del hombre? «¿Quién es?», le pregunta el joven. «El que habla contigo». «Creo, Señor», responde, y dice el Evangelio que se postro ante Jesús (Jn 9,35-38). El que era ciego y pecador ahora ve; los que creían ver permanecen ciegos. La luz de la verdad vence. ¡Jesús es nuestra luz!

V Domingo Cuaresma

Amigo que nunca falla

En Betania se nos revela la profunda humanidad del Maestro. Marta, María y Lázaro son amigos de Jesús, personas cercanas y queridas con quienes descansa y comparte secretos e inquietudes. La muerte de Lázaro, que termina en vida, es el último de los siete signos que propone san Juan. Su pedagogía es revelar, de modo progresivo, la divinidad de Cristo para que crean en Él. La muerte y resurrección de Lázaro es el culmen, y apunta a la muerte y resurrección de Jesús, la hora de la gloria para la que ha venido a este mundo. Pero este signo es particular. Jesús va preparando a los discípulos, a la familia y a los judíos para acogerlo. En realidad, la gran resurrección no será ver salir a Lázaro de la tumba, sino ver salir a los allí presentes de su sepulcro interior. Así lo señala Ezequiel hoy, cuando refiere que los miembros del pueblo exiliado van a ser sacados de sus sepulcros para recibir la vida (Ez 37,12), la misma vida del hijo pródigo de la parábola, de quien su padre dice: Este hijo mío estaba muerto y ha revivido (Lc 15,24).

Tanto en Cana como en Betania nadie exige, sino que presentan a Jesús sus intenciones: No tienen vino (Jn 2,3); tu amigo esta enfermo (Jn 11,3). El se encuentra muy cerca de allí, pero

decide no acudir para robustecer la fe de sus discípulos y amigos y provocar la de los judíos. Tres veces se le reprochaba a Jesús su ausencia (Jn 11,21.32.37). Sin embargo, esta, que es siempre presencia, se tornaba en gracia sin medida. ¡Cómo ilumina esta misteriosa decisión tantas situaciones de nuestra vida! El que ha abierto los ojos a un ciego de nacimiento, no impide que muera un amigo (cf. Jn 11,37). ¡Las cosas de Dios!

Y comienza el trabajo con sus discípulos: Lázaro, nuestro amigo, está dormido: voy a despertarlo (Jn 11,11). Les tiene que aclarar que ha muerto para avivar su fe: Para que creáis (Jn 11,15). ¿Por qué dice «dormido»? Porque en realidad la muerte del cuerpo es el sueño del mismo. Cementerio significa «dormitorio». La Parusía será el momento en que Cristo nos despierte y nuestro cuerpo se una a nuestra alma para siempre. Este signo obrado por Jesús muestra, no la vida terrena que va a devolverle —y que de nuevo Lázaro perderá—, sino la definitiva que a todos nos ofrece en su última venida.

Sigue el trabajo en sus amigos. Nadie es capaz de consolar su pena y son muchos los que acuden. Marta, inquieta, corre hacia Jesús. ¡Cómo la acoge el Amigo! Deja que grite su corazón desde lo hondo (Sal 129), que desfogue su decepción: Si hubieras estado aquí... (Jn 11,32). Ella confía en Jesús como alguien extraordinario que puede arrancar de Dios cuanto pida. Marta conoce la teoría de las Escrituras: Resucitará en el último día. Yo soy la resurrección y la vida, ¿crees esto? Tu eres el Mesías. Y confiesa rendida como Pedro (Jn 6,69) y el ciego (Jn 9,38) en signos anteriores. ¡Marta acaba de resucitar!

Sigilosa, como aprendió en otra ocasión, busca a María para llevarla ante el Maestro: Esta ahí y te llama (Jn 11,28). El amor corre hacia Jesús. Y el Amor corre hacia los suyos, sollozando tres veces: Jesús se echó a llorar (Jn 11,35). En el versículo más breve de la Escritura, Dios llora a su amigo Lázaro.

Finalmente, termina su trabajo en presencia de los judíos. Conducido al sepulcro, en diálogo con el Padre, manda salir a Lázaro, para que así también todos los demás podamos salir de nuestros sepulcros.



VÍA CRUCIS,

El Cireneo: acompañante acompañado

Este Vía Crucis nace del deseo de contemplar la Pasión del Señor desde un lugar muy concreto y profundamente evangélico: **la mirada de Simón de Cirene**, el hombre que fue obligado a cargar con la cruz, pero que terminó siendo transformado por ella.

Hemos elegido recorrer el camino de la cruz desde su perspectiva porque el Cireneo ocupa en el Evangelio una posición única: él es, al mismo tiempo, quien acompaña a Jesús y quien es acompañado por Jesús.

Simón no busca a Cristo. No lo sigue como discípulo. No ha escuchado sus parábolas ni visto sus milagros.

Llega desde fuera, con sus propios asuntos, y es introducido casi violentamente en el misterio de la cruz. Y, sin embargo, en ese encuentro forzado se revela una de las verdades más hondas del Evangelio: nadie se cruza con la cruz de Cristo sin que su vida quede marcada para siempre.

El Cireneo acompaña a Jesús porque sostiene con Él el peso de la cruz. Camina a su lado. Comparte su fatiga. Respira su mismo aire herido. Se convierte en compañero de camino en el momento más oscuro del Hijo de Dios. Pero, al mismo tiempo, es Jesús quien acompaña al Cireneo: lo introduce en su misterio, le revela un modo nuevo de vivir, le muestra que el sufrimiento asumido por amor no destruye, sino que salva.

Jesús acompaña a Simón no con discursos, sino con su testimonio silencioso: enseñándole a amar sin haberlo planeado, a entregarse sin haberlo elegido, a creer sin haberlo buscado.

Por eso el Cireneo es una figura profundamente actual. Representa a tantos hombres y mujeres que no se consideran creyentes ejemplares, que no buscan protagonismo espiritual, pero que, al encontrarse con el dolor ajeno, son llamados a cargar cruces que no pidieron... y descubren, en ese acto inesperado, un camino de gracia.

En un mundo donde muchas veces se huye del sufrimiento, este Vía Crucis quiere proponer otra mirada: no la del héroe que resuelve todo, sino la del acompañante humilde, el que no salva al otro, pero se deja transformar caminando con él.

Desde esta perspectiva, acompañar no es sólo ayudar, sino dejarse afectar, permitir que la herida del otro toque la propia vida, y creer que en ese contacto se manifiesta el mismo Dios.

Contemplar la Pasión desde la mirada del Cireneo nos enseña que nadie acompaña verdaderamente si no está dispuesto también a ser acompañado; que nadie sostiene una cruz sin que esa cruz, a su vez, lo sostenga interiormente; y que todo encuentro verdadero con Cristo crucificado es siempre un encuentro que cambia el corazón.

Que este Vía Crucis nos ayude a descubrir que, en cada cruz que tocamos con amor, Cristo camina con nosotros, y nosotros, aun sin saberlo, caminamos con Él.



I ESTACIÓN — Jesús es condenado a muerte

V/. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/. Pues por tu santa cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según san Mateo 27,22-23.26

Pilato les preguntó: «¿Y qué hago con Jesús, llamado el Mesías?». Contestaron todos: «¡Que lo crucifiquen!». Pilato insistió: «Pues, ¿qué mal ha hecho?». Pero ellos gritaban más fuerte: «¡Que lo crucifiquen!». Entonces les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran.

(Meditación)

Aquel día entré en Jerusalén con el alma distraída por mis preocupaciones, sin sospechar que Dios me aguardaba en un rincón donde no se pronuncian oraciones, sino sentencias. Me acerqué al pretorio movido por una curiosidad casi involuntaria, como si una mano invisible me condujera hacia un misterio que no buscaba. Y allí estabas tú, rodeado de voces que intentaban acallar la verdad, aunque sin poder opacar la luz que irradiaba tu silencio. No eras un acusado, eras una presencia.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, sentí que algo en mí se detenía. No fue un gesto largo ni solemne, pero en tus ojos había una quietud que me desnudó por dentro, como si vieras mis miedos, mis cansancios, mis pequeñas traiciones cotidianas. Llevaba tiempo caminando con una fe cansada, casi sin fuego, y, sin embargo, en tu silencio percibí una escucha más profunda que cualquier palabra. Era como si tu alma se inclinara hacia la mía sin reproche alguno.

Mientras te interrogaban, aguardé que hablaras, que te defendieras con la autoridad que intuía en ti. Pero permaneciste callado, y ese silencio tenía la firmeza de quien se entrega, no de quien se rinde. Comprendí entonces que no estabas siendo vencido, sino ofrecido: que tu condena no era victoria del mal, sino obra del amor.

Y aun así, yo callé. No di un paso hacia ti. Me escondí detrás de mis temores, como tantas otras veces hago con la verdad que me reclama. Hoy sé que en aquel juicio no solo se juzgaba a un hombre, sino al amor que se dejaba herir para sanar mi alma. **Enséñame, Señor, a no temer la luz que me revela, a no callar cuando se hiere la justicia y a reconocer tu misericordia en tu condena.**

(Oración)

Oremos diciendo: **Háblame al corazón, Jesús**

Tú que respondes al mal con el bien. **Háblame ...**

Tú que apagas los gritos con la mansedumbre. **Háblame ...**

Tú que detestas la murmuración y los reproches. **Háblame ...**

Tú que me conoces íntimamente. **Háblame ...**

Tú que me amas más de cuanto yo pueda amarte. **Háblame ...**

V/. Salve, cruz de Cristo, única esperanza.

R/. En ti, Señor, confió, no me veré defraudado para siempre. (Todos)



San Benito (Sevilla)

II ESTACIÓN – Jesús carga con su cruz

V/. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/. Pues por tu santa cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según san Mateo 27,27-31

Los soldados del gobernador lo desnudaron y le pusieron un manto de color púrpura y, trenzando una corona de espinas, se la ciñeron a la cabeza y le pusieron una caña en la mano derecha. Y terminada la burla, le quitaron el manto, le pusieron su ropa y lo llevaron a crucificar.

(Meditación)

Cuando te entregaron la cruz, yo seguía allí, incapaz de marcharme, como si una fuerza suave pero firme me retuviera junto a ti. Vi cómo acercaban el madero, áspero y pesado, y cómo lo apoyaban sobre tus hombros heridos. Esperaba verte caer, como tantos otros condenados, pero permaneciste en pie con una serenidad inhumana. Era como si tu alma abrazara la cruz antes que tu cuerpo, como si reconocieras en ella un camino ya trazado en lo más profundo de tu ser.

Mientras comenzabas a caminar, percibí que tu paso tenía algo de ofrenda. No avanzabas como quien es arrastrado hacia la muerte, sino como quien entra en un misterio esperado desde siempre. Comprendí que no solo cargabas madera: llevabas las heridas y las noches sin Dios del ser humano. Un peso que no te pertenecía, pero que asumías como propio.

Yo, que tantas veces había huido de mis cargas, me sentí avergonzado. Pensé en las cruces que hice recaer en otros y en las que eludí por comodidad. Tú cargabas con las que yo no supe sostener. Entonces entendí que el amor verdadero no huye del peso, sino que lo transforma desde dentro.



Gran Poder (Sevilla)

Hubo un momento en que pasaste tan cerca de mí que pude oír tu respiración. Era fatigada, sí, pero no desesperada. En ella había una paz que no provenía del cuerpo, sino del alma entregada. Entonces comprendí que, unida a ti, la cruz dejaba de ser un instrumento de muerte para convertirse en un camino de vida. **Enséñame, Señor, a no temer mis cargas, a descubrir en ellas tu presencia escondida y a creer que ningún sufrimiento vivido contigo es estéril.**

(Oración)

Oremos diciendo: **Acudo a ti, Señor**

Con mi historia personal. **Acudo ...**

Con mis cansancios. **Acudo ...**

Con mis límites y mis fragilidades. **Acudo ...**

Con mis miedos. **Acudo ...**

Confundiéndolo sólo en tu amor. **Acudo ...**

V/. Salve, cruz de Cristo, única esperanza.

R/. En ti, Señor, confíe, no me veré defraudado para siempre. (Todos)

III ESTACIÓN — Jesús cae por primera vez

V/. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/. Pues por tu santa cruz redimiste al mundo.

Del profeta Isaías 53,4-6

Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido por Dios y humillado, traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable vino sobre él, sus cicatrices nos curaron. Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino, y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes.

(Meditación)

La primera vez que caíste sentí que algo en mí también se quebraba. Hasta entonces avanzabas con una serenidad que no parecía de este mundo; pero cuando tu cuerpo tocó la tierra comprendí que habitabas nuestra fragilidad desde dentro.

Ví el polvo adherido a tu rostro, la sangre mezclada con la tierra y, en esa imagen, descubrí algo que nunca había entendido: Dios no rehúye el suelo donde caemos, sino que lo convierte en lugar de encuentro. No caíste por debilidad fingida, sino por amor verdadero, un amor que no teme hacerse vulnerable para alcanzarnos allí donde más nos escondemos.



Jesús de la caída (Murcia)

Mientras intentabas incorporarte, percibí en ti una fuerza que no emanaba del cuerpo, sino del alma. No era orgullo ni obstinación, sino una fidelidad que nacía de lo más profundo, como si una voz interior te dijera: «Sigue, porque aún queda amor por entregar». Y, en ese movimiento lento y casi doloroso, entendí que tu caída no era una derrota, sino una revelación: estabas mostrando que la santidad no consiste en no caer, sino en levantarse por amor.

Yo, que tantas veces me he hundido en mis propias miserias, pensaba que te alejabas de mí cuando yo caía. Pero, al verte en el suelo antes que yo, comprendí que siempre me habías precedido en mis noches. **Enséñame, Señor, a no desesperar de mis caídas, a no confundir el polvo con el final y a escuchar en cada tropiezo esa voz silenciosa que me dice: «Levántate conmigo».**

(Oración)

Oremos diciendo: **Jesús, dame la fuerza para amar y volver a empezar**

Cuando prevalece la desilusión. **Jesús...**

Cuando el juicio de los demás se abate sobre mí. **Jesús...**

Cuando las cosas no van bien y me vuelvo intolerante. **Jesús...**

Cuando siento que ya no puedo más. **Jesús...**

Cuando me oprime el pensamiento de que nada cambiará. **Jesús...**

V/. Salve, cruz de Cristo, única esperanza.

R/. En ti, Señor, confíe, no me veré defraudado para siempre. (Todos)

IV ESTACIÓN — Jesús se encuentra con su Madre

V/. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/. Pues por tu santa cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según san Lucas 2, 34-35.51

Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: «Mira, éste está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti, una espada te traspasará el alma». Bajó con ellos a Nazaret y siguió bajo su autoridad. Su madre conservaba todo esto en su corazón.

(Meditación)

Cuando te encontraste con tu Madre, Jesús, el camino pareció detenerse. No hubo palabras entre vosotros, pero en ese silencio se dijeron más cosas de las que cualquier lengua humana podría pronunciar. Yo estaba lo bastante cerca como para ver cómo se miraban y tuve la impresión de estar contemplando un misterio antiguo, tejido desde antes del tiempo: el amor entre Dios y la humanidad reflejado en los ojos de una mujer que había aprendido a creer incluso cuando no entendía.

María no gritó ni se aferró a ti para retenerte. Su dolor era profundo, pero no desesperado. En ella había una aceptación que no era pasividad, sino entrega confiada. Era como si su corazón, herido pero firme, sostuviera el tuyo en ese momento. Comprendí que su presencia no aliviaba tu sufrimiento, pero lo iluminaba desde dentro, como una lámpara encendida en medio de la noche.

Sentí que asistía a algo que no me pertenecía y, sin embargo, me alcanzaba. Y entendí que María no solo te acompañaba a ti, sino a todos los que caminamos entre sombras.



Virgen de la Soledad (Zamora)

Entonces pensé en mi propia madre, en las veces que he ocultado mis heridas para no preocuparla, en las veces que he huido de su dolor porque me resultaba demasiado real. Y comprendí que el amor auténtico no consiste en evitar el sufrimiento, sino en permanecer junto a él. **Enséñame, Señor, a acompañar sin exigir, a sostener sin dominar y a creer, como María, que incluso en los momentos más oscuros Dios sigue obrando salvación.**

(Oración)

Oremos diciendo: **Reaviva en mí, Señor, el recuerdo de tu amor**

Cuando vuelven a aparecer las heridas del pasado. **Reaviva...**

Cuando pierdo el sentido y el rumbo de las cosas. **Reaviva...**

Cuando pierdo de vista los dones que he recibido. **Reaviva...**

Cuando pierdo de vista el don de mi propio ser. **Reaviva...**

Cuando me olvido de agradecerle. **Reaviva...**

V/. Salve, cruz de Cristo, única esperanza.

R/. En ti, Señor, confíe, no me veré defraudado para siempre. (Todos)

V ESTACIÓN – Jesús es ayudado por el Cirineo

V/. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/. Pues por tu santa cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según san Lucas 2, 34-35.51

Al salir, encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón, y lo forzaron a que llevara la cruz. Jesús había dicho a sus discípulos: «El que quiera venir conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga».

(Meditación)

Nunca pensé que aquel día mi nombre quedaría unido al tuyo, Jesús. Yo solo pasaba por allí, cansado del viaje y preocupado por mis asuntos, cuando los soldados me señalaron con brusquedad. Protesté, claro; nadie quiere cargar con la cruz de otro, y menos con la de un condenado. Pero, cuando me acerqué a ti, algo en tu mirada — una mezcla de cansancio y paz — me conmovió. No pedías ayuda, pero la aceptabas como quien reconoce un don inesperado.

Tomé la cruz con torpeza, sintiendo su peso como un golpe en el pecho. Era más pesada de lo que



El auxilio a Nuestro Señor Jesucristo (Cuenca)

imagínaba, pero lo que más me impresionó fue sentir tu presencia tan cerca. Tu respiración entrecortada se mezclaba con la mía y, por un momento, tuve la extraña sensación de que no era yo quien te ayudaba, sino tú quien me sostenías. Era como si, al compartir tu carga, me permitieras entrar en un misterio que no se comprende con la razón, sino con el alma.

Mientras avanzábamos, tu paso se acompasaba al mío, no por debilidad, sino por delicadeza. No querías que llevara la cruz solo: querías caminar conmigo. Y entendí que Dios no salva desde lejos, sino desde la cercanía, desde el polvo compartido del camino.

Aquel tramo del camino cambió mi vida. No porque llevara tu cruz, sino porque descubrí que tú llevabas también la mía: mis miedos, mis cansancios, mis heridas ocultas. **Enséñame, Señor, a aceptar las cruces que no busco, a reconocer en ellas una cita de gracia y a caminar contigo como aquel día, cuando, sin saberlo, me hiciste partícipe de tu obra de amor.**

(Oración)

Oremos diciendo: **Sáname, Jesús**

De toda presunción de autosuficiencia. **Sáname...**

De creer que puedo prescindir de ti y de los demás. **Sáname...**

Del afán de perfeccionismo. **Sáname...**

De la reticencia a entregarte mis miserias. **Sáname...**

De la prisa mostrada ante los necesitados que encuentro en mi camino. **Sáname...**

V/. Salve, cruz de Cristo, única esperanza.

R/. En ti, Señor, confié, no me veré defraudado para siempre. (Todos)

VI ESTACIÓN – Jesús es consolado por la mujer del velo

V/. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/. Pues por tu santa cruz redimiste al mundo.

Del profeta Isaías 53,2-3

No tenía figura ni belleza. Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado por los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultan los rostros.

(Meditación)

Mientras avanzábamos hacia el Calvario, con la cruz aún a cuestas, vi cómo una mujer se abría paso entre la multitud. No buscaba protagonismo ni protección, solo llevaba en las manos un paño sencillo y en el rostro una compasión que desarmaba cualquier violencia. Su gesto no tenía la fuerza de los héroes, sino la delicadeza de quienes aman sin esperar nada a cambio, y por eso mismo me impresionó más que cualquier acto de valentía.

Cuando se acercó a ti, sentí que el aire se volvía más denso, como si el tiempo quisiera detenerse para no interrumpir aquel encuentro. Levantó el paño con una ternura que parecía emanar del mismo corazón de Dios y lo apoyó sobre tu rostro herido. Estaba tan cerca que pude ver cómo temblaba su mano, no de miedo, sino de reverencia. Entonces comprendí que hay gestos que no cambian el curso de la historia, pero sí el pulso del alma.

Tú recibiste aquel consuelo sin palabras como quien acoge un don inesperado pero necesario. Y, cuando retiró el paño, supe que en él no solo había quedado grabado tu rostro, sino también la huella de un amor que se atreve a acercarse al sufrimiento sin huir. No te quitó el peso, pero te devolvió un instante de humanidad, un respiro en el camino hacia el Gólgota.

Mientras retomábamos la marcha, entendí que aquella mujer había hecho lo que yo aún no sabía hacer: acercarse al dolor sin miedo a resultar herida. **Enséñame, Señor, a ofrecer consuelo sin pretender resolverlo todo, a acercarme cuando los demás se alejan y a reconocer tu rostro en cada rostro desfigurado por la vida. Que mi corazón aprenda a ser, como aquel paño, un lugar donde tu presencia pueda dejar su huella.**

(Oración)

Oremos diciendo: **Hazme testigo de tu consuelo**

Dios de misericordia, que te haces cercano a quien tiene el corazón herido. **Hazme...**

Dios de ternura, que te conmueves por nosotros. Hazme testigo de tu consuelo. **Hazme...**

Dios de compasión, que detestas la indiferencia. Hazme testigo de tu consuelo. **Hazme...**

Tú, que te entristeces cuando señalo con el dedo a los demás. Hazme testigo de tu consuelo. **Hazme...**

Tú, que no has venido a condenar sino a salvar. Hazme testigo de tu consuelo. **Hazme...**

V/. Salve, cruz de Cristo, única esperanza.

R/. En ti, Señor, confié, no me veré defraudado para siempre. (Todos)



La Santa Mujer Verónica (Lucena)

VII ESTACIÓN — Jesús cae por segunda vez

V/. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/. Pues por tu santa cruz redimiste al mundo.

Del libro de los Salmos 36,1-2.10-11

No te exasperes por los malvados, no envidies a los que obran el mal: se secarán pronto, como la hierba, como el césped verde se agostarán. Aguarda un momento: desapareció el malvado, fíjate en su sitio: ya no está; en cambio, los sufridos poseen la tierra y disfrutan de paz abundante.

(Meditación)

La segunda caída me sorprendió menos que la primera, pero me dolió más. Ya conocía el peso de la cruz porque lo llevaba contigo y sabía que cada paso era una lucha entre el cuerpo agotado y la fidelidad que te sostenía. Cuando tus rodillas cedieron y tu cuerpo volvió a tocar la tierra, sentí que el camino hacia el Calvario se oscurecía un poco más, como si la noche quisiera adelantarse al día.

Me incliné para ayudarte, pero comprendí que había un límite que yo no podía traspasar. Podía ayudar a llevar parte del peso, pero no podía entrar en el misterio de tu entrega. Había un sufrimiento que solo tú podías llevar, un lugar interior donde ni siquiera mi cercanía podía aliviarte.



Cristo de las Tres Caídas (Sevilla)

Cuando comenzaste a levantarte, lo hiciste con una lentitud que parecía una oración. No había fuerza en tus músculos, pero sí en tu voluntad. Era como si una voz silenciosa te llamara desde lo alto del Calvario, recordándote que aún quedaba algo por entregar. Y en ese gesto, tan frágil y tan firme a la vez, entendí que tus caídas no eran signos de derrota, sino de cercanía: caías para encontrarte con todos los que caemos una y otra vez en los mismos lugares del alma.

Yo también he conocido ese cansancio que paraliza, esa sensación de haber llegado al final. Pero, al verte incorporarte una vez más, descubrí que, incluso en mis noches más oscuras, tú ya habías estado antes, preparando un camino de regreso. **Enséñame, Señor, a no temer mis límites, a no huir de mis derrotas y a levantarme contigo, sabiendo que tu fuerza comienza donde la mía se agota.**

(Oración)

Oremos diciendo: **Levántame, Jesús**

Cuando, paralizado por la desconfianza, siento tristeza y desesperación. **Levántame...**

Cuando veo mi incapacidad y me siento inútil. **Levántame...**

Cuando prevalecen la vergüenza y el miedo al fracaso. **Levántame...**

Cuando tengo la tentación de perder la esperanza. **Levántame...**

Cuando olvido que mi fortaleza está en tu perdón. **Levántame...**

V/. Salve, cruz de Cristo, única esperanza.

R/. En ti, Señor, confíe, no me veré defraudado para siempre. (Todos)

VIII ESTACIÓN: Jesús consuela a las mujeres de Jerusalén

V/. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/. Pues por tu santa cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según san Lucas 23,27-29.31

Le seguía una gran multitud del pueblo y mujeres que se dolían y lamentaban por él. Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque mirad que llegará el día en que dirán: "dichosas las estériles y los vientres que no han dado a luz y los pechos que no han criado". Porque si así tratan al leño verde, ¿qué pasará con el seco?».

(Meditación)

Escuché un llanto distinto entre la multitud: mujeres que lloraban con compasión sincera. Me sorprendió que, a pesar de tu agotamiento, te detuvieras para mirarlas.

Tus palabras no fueron de reproche, sino de verdad. Les hablaste con la serenidad de quien ve más allá del dolor inmediato, como si tu alma contemplara un horizonte que aún no podíamos imaginar. No buscabas que dejaran de llorar por ti, sino que aprendieran a llorar por lo que realmente hiere al mundo: la injusticia, la violencia y la ceguera del corazón humano.



Santas Mujeres (Alcalá del Río)

Mientras te escuchaba, comprendí que tu sufrimiento no te encerraba en ti mismo, sino que te abría aún más a los demás. Era como si tu dolor se hubiera convertido en un espejo en el que cada uno podía ver su propia historia, sus propias heridas, sus propias sombras. Y, en el gesto de detenerte para hablarles, descubrí que, incluso en el camino hacia la muerte, tu amor seguía siendo fecundo.

Aquel día aprendí que no basta con conmoverse ante el sufrimiento; es necesario dejar que esa conmoción transforme la vida. **Enséñame, Señor, a llorar con verdad, a no quedarme en la emoción pasajera y a trabajar por un mundo en el que no se ignore el llanto de los inocentes. Que mis lágrimas, unidas a las tuyas, se conviertan en una fuente de conversión y esperanza.**

(Oración)

Oremos diciendo: **Jesús, ablanda mi corazón endurecido**

Tú que conoces los secretos del corazón. **Jesús...**

Tú que te entristeces ante la dureza de los ánimos. **Jesús...**

Tú que amas los corazones contritos y humillados. **Jesús...**

Tú que enjugaste con el perdón las lágrimas de Pedro. **Jesús...**

Tú que transformas el llanto en canto. **Jesús...**

V/. **Salve, cruz de Cristo, única esperanza.**

R/. En ti, Señor, confié, no me veré defraudado para siempre. (Todos)

IX ESTACIÓN — Jesús cae por tercera vez

V/. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/. Pues por tu santa cruz redimiste al mundo.

Del profeta Habacuc 1,12-13; 2,2-3

¿No eres tú, Señor, desde antiguo mi santo Dios que no muere? Tus ojos son demasiado puros para mirar el mal, no pueden contemplar la opresión. ¿Por qué contemplas en silencio a los bandidos, cuando el malvado devora al inocente? «Escribe la visión, grábala en tablillas, de modo que se lea de corrido. La visión espera su momento, se acercará su término y no fallará; si tarda, espera, porque ha de llegar sin retrasarse».

(Meditación)

La tercera caída me atravesó el alma. Comprendí que había un límite más allá del cual mis fuerzas ya no podían alcanzarte. Te vi desplomarte como quien llega al extremo de lo humano, donde el cuerpo ya no responde.

Me arrodillé a tu lado e intenté ayudarte a levantar la cruz, pero sentí que había un lugar interior al que no podía acceder. Podía ofrecerte mi hombro, mi aliento, mi presencia, pero no podía sostener el misterio de tu entrega. Era como si tu alma descendiera a un abismo donde solo el amor podía acompañarte, un lugar donde ni siquiera mi cercanía podía aliviarte. Y aun así, no me aparté, permanecí allí porque sabía que mi sitio estaba a tu lado, aunque no pudiera salvarte del dolor.

No me aparté. Permanecí allí porque mi sitio estaba contigo, aunque no pudiera salvarte del dolor. Cuando comenzaste a levantarte, frágil y firme, entendí que tu amor no se mide por no caer, sino por levantarte incluso cuando todo parece perdido.

Yo también he conocido ese cansancio que paraliza, esa sensación de haber llegado al final. Pero, al verte incorporarte una vez más, descubrí que, incluso en mis noches más oscuras, tú ya habías estado antes, preparando un camino de regreso. **Enséñame, Señor, a no temer mis límites, a no huir de mis derrotas y a levantarme contigo, sabiendo que tu fuerza comienza donde la mía se agota.**

Yo también he conocido ese cansancio que paraliza, esa sensación de haber llegado al final. Pero, al verte incorporarte una vez más, descubrí que, incluso en mis noches más oscuras, tú ya habías estado antes, preparando un camino de regreso. **Enséñame, Señor, a no temer mis límites, a no huir de mis derrotas y a levantarme contigo, sabiendo que tu fuerza comienza donde la mía se agota.**

(Oración)

Oremos diciendo: **Padre, ten misericordia de nosotros y del mundo entero**

Por la dolorosa pasión de Jesús. **Padre...**

Por el poder de sus llagas. **Padre...**

Por su perdón en la cruz. **Padre...**

Por cuantos perdonan por amor a ti. **Padre...**

Por la intercesión de los que creen, adoran, esperan y te aman. **Padre...**

V/. **Salve, cruz de Cristo, única esperanza.**

R/. En ti, Señor, confié, no me veré defraudado para siempre. (Todos)



Cristo de la Caída (Granada)

X ESTACIÓN – Jesús es despojado de sus vestiduras

V/. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/. Pues por tu santa cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según san Juan 19,23,24

Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, tomaron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado. Y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba abajo. Y se dijeron: «No la rasguemos, sino echemos a suertes a ver a quien le toca». Así se cumplió la escritura: «Se repartieron mis ropas y echaron a suertes mi túnica».

(Meditación)

Cuando llegamos al Gólgota, el viento parecía más frío y la luz, más intensa. Yo seguía a tu lado, todavía con el peso de la cruz sobre los hombros, cuando los soldados se acercaron para despojarte de tus vestiduras. No estaba preparado para ver lo que vi. No solo quedaba expuesto tu cuerpo, sino también tu inocencia, tu dignidad y tu entrega absoluta. Sentí una vergüenza que no era mía, como si el mundo entero quedara al descubierto en su propia crueldad.

Aparté la mirada por un momento, no por pudor, sino por dolor. Me costaba aceptar que el Hijo de Dios se dejara humillar hasta ese extremo sin defenderse, sin protegerse ni reclamar nada. Pero, cuando volví a mirarte, comprendí que no te estaban despojando, sino que te estabas entregando. Era como si te vaciaras de todo para llenarnos a nosotros, como si tu desnudez revelara la verdad que tantas veces intento ocultar de mí mismo.

Los soldados se repartían tu túnica como si fuera un trofeo, sin entender que estaban tocando algo sagrado. Y yo, que había caminado contigo desde que me obligaron a cargar con la cruz, sentí que ese momento me afectaba más que cualquier otro.

Mientras te preparaban para la crucifixión, entendí que tu desnudez no era una derrota, sino una revelación. **Enséñame, Señor, a no esconder mis heridas ni mis fragilidades con máscaras y a creer que solo quien se entrega por amor puede transformar el mundo. Que tu despojo me enseñe a vivir con la verdad desnuda del corazón, sin miedo a que me veas.**

(Oración)

Oremos diciendo: **Despójame, Señor Jesús**

Del apego a las apariencias. **Despójame...**

De la madurez de la indiferencia. **Despójame...**

Del creer que yo no tenga que socorrer a los demás. **Despójame...**

De un culto hecho de convencionalismo y exterioridad. **Despójame...**

De la convicción de que en la vida todo está bien si yo estoy bien. **Despójame...**

V/. Salve, cruz de Cristo, única esperanza.

R/. En ti, Señor, confié, no me veré defraudado para siempre. (Todos)



Cristo Despojado (Ronda)

XI ESTACIÓN — Jesús es clavado en la cruz

V/. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/. Pues por tu santa cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según san Mateo 27,35-42

Encima de la cabeza colocaron un letrero con la acusación: «Éste es Jesús, el Rey de los judíos». Crucificaron con él a dos bandidos, uno a la derecha y otro a la izquierda. Los que pasaban, lo injuriaban y decían meneando la cabeza: «Tú que destruías el templo y lo reconstruías en tres días, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz». Los sumos sacerdotes con los letrados y los senadores se burlaban también diciendo: «A otros ha salvado y él no se puede salvar. ¿No es el Rey de Israel? Que baje ahora de la cruz y le creeremos».

(Meditación)

Cuando me apartaron de ti y dejaron la cruz en manos de los soldados, sentí que algo se desgarraba en mí. Ya no podía ayudarte, solo mirar.

El primer golpe del martillo resonó como un trueno en mi pecho. No entendía cómo no maldecías, cómo no te defendías, cómo no te rebelabas. Sin embargo, entonces escuché tu oración, una súplica por quienes te herían, y sentí que mi alma se estremecía. ¿Cómo puede un hombre pedir perdón para sus verdugos? Me descubrí temblando, no solo por el dolor que veía, sino también por la grandeza que no alcanzaba a comprender.

Mientras te clavaban las manos, pensé en las mías: manos que habían sostenido tu cruz, manos torpes, cansadas y temerosas. Y me pregunté qué habría en tus manos que las hacía tan distintas. No eran manos que se aferraban a la vida, sino que la ofrecían. No eran manos que reclamaban justicia, sino que la entregaban. Y, en ese contraste, descubrí mi propia pobreza, mi incapacidad para amar así y mi miedo a perder lo que creo que es mío.

Cuando alzaron la cruz y tu cuerpo quedó suspendido entre el cielo y la tierra, comprendí que estaba contemplando el punto en el que ambos se encuentran. Entonces, me pregunté si ese madero era solo un instrumento de muerte o si también era un puente hacia un misterio que apenas empezaba a intuir. **Enséñame, Señor, a no huir de la verdad que duele y a reconocer en tus clavos la libertad que yo no sé darme.**

(Oración)

Oremos diciendo: **Haz, Jesús, que te reconozca y te ame**

En los niños no nacidos y en aquellos abandonados. **Haz...**

En tantos jóvenes, en espera de que alguien oiga su grito de dolor. **Haz...**

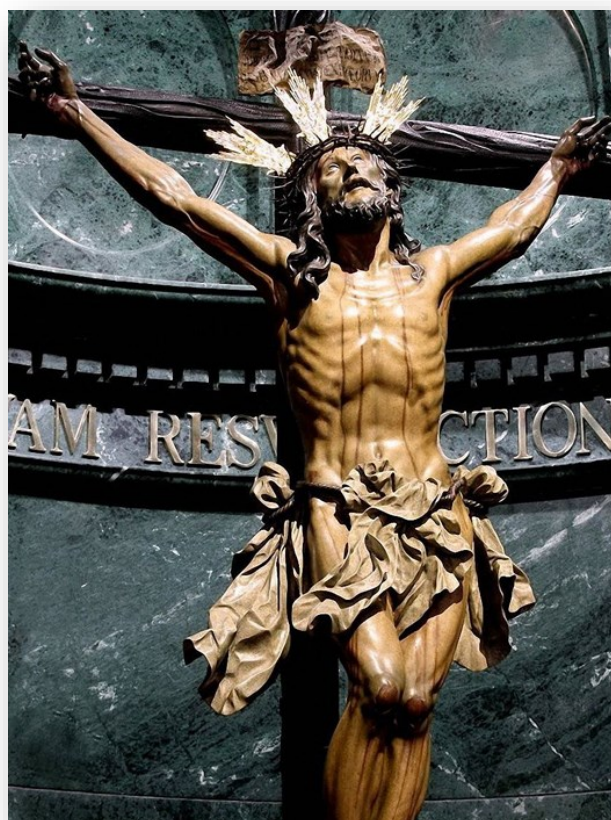
En los numerosos ancianos descartados. **Haz...**

En los prisioneros y en quien se encuentra solo. **Haz...**

En los pueblos más explotados y olvidados. **Haz...**

V/. Salve, cruz de Cristo, única esperanza.

R/. En ti, Señor, confié, no me veré defraudado para siempre. (Todos)



Cristo de la Expiración (Sevilla)

XII ESTACIÓN — Jesús muere en la cruz

V/. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/. Pues por tu santa cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según San Mateo 27,45-46.50

Desde el mediodía hasta la media tarde vinieron tinieblas sobre toda aquella región. A media tarde Jesús gritó: «Elí, Elí, lamá sabaktaní», es decir: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Jesús dio otro grito fuerte y exhaló el espíritu.

(Meditación)

El cielo comenzó a oscurecerse mientras agonizabas y sentí que el mundo entero contenía la respiración. No se acercaba solo la muerte de un hombre, sino algo más profundo, más vasto, más temible. Permanecí allí, incapaz de apartar la mirada, como si necesitara grabar cada instante con mis ojos para no olvidarlo jamás. Tu respiración era un hilo y tu voz apenas un susurro, pero cada palabra tenía el peso de una eternidad.

Cuando pronunciaste tu entrega al Padre, algo en mí se rompió. No era un grito de derrota, sino de confianza. No era el final de una vida, sino la consumación de un amor. Sin embargo, cuando inclinaste la cabeza y el silencio se cernió sobre el Gólgota, sentí un vacío tan profundo que creí que el mundo se había quedado sin alma. ¿Cómo podía la vida extinguirse? ¿Cómo podía la luz apagarse? ¿Cómo podía Dios permanecer en silencio?

Me descubrí llorando sin saber por qué. No te conocía antes de aquel día y, sin embargo, tu muerte me hería como si me arrancaran algo propio. Quizá porque, al verte morir, comprendí que no estabas muriendo solo por ti, sino por todos. Por mí también. Y esa verdad me sobrepasaba. Me pregunté qué significaba que Dios aceptara morir a manos de sus criaturas y qué misterio podía esconderse en un amor que llegaba hasta ese extremo.

Mientras el viento soplaba sobre la colina, tuve la intuición —pequeña y temblorosa— de que tu muerte no era un final, sino un umbral. Algo estaba naciendo en ese silencio, algo que aún no podía comprender. **Enséñame, Señor, a no temer la oscuridad, a confiar incluso cuando no veo y a creer que tu último aliento es el comienzo de una vida nueva.**

(Oración)

Oremos diciendo: **Jesús, acuérdate de mí**

Cuando la esperanza desaparece y reina la desilusión. **Jesús...**

Cuando no soy capaz de tomar una decisión. **Jesús...**

Cuando pierdo la confianza en mí o en los demás. **Jesús...**

Cuando pierdo de vista la grandeza de tu amor. **Jesús...**

Cuando creo que mi oración resulta inútil. **Jesús...**

V/. Salve, cruz de Cristo, única esperanza.

R/. En ti, Señor, confíe, no me veré defraudado para siempre. (Todos)

JESÚS NOS ACOMPAÑA EN EL CAMINO HACIA LA CRUZ



Cristo de la Luz (Cuenca)

XIII ESTACIÓN — Jesús es bajado de la cruz

V/. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/. Pues por tu santa cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según san Mateo 27,55-58; 17,22-23

Había allí muchas mujeres que miraban desde lejos, aquellas que habían seguido a Jesús desde Galilea para atenderle. Al anochecer llegó un hombre rico de Arimatea, llamado José, que era también discípulo de Jesús. Éste acudió a Pilato a pedirle el cuerpo de Jesús. Y Pilato mandó que se lo entregaran...

(Meditación)

Cuando te bajaron de la cruz, me acerqué sin saber si tenía derecho a hacerlo. Tu cuerpo inerte parecía más frágil que nunca y, sin embargo, había en él una belleza que no era de este mundo. María te recibió en sus brazos con una ternura que me desarmó. No lloraba como quien se rebela, sino como quien ama hasta el extremo. Y en ese abrazo comprendí que el dolor, cuando nace del amor, tiene una luz propia.

Me quedé a cierta distancia, incapaz de intervenir, pero sin poder marcharme. Había algo sagrado en ese silencio, algo que me invitaba a entrar en mí mismo. Contemplé tus heridas, tus manos abiertas, tu costado traspasado, y me pregunté qué clase de amor puede llegar tan lejos. ¿Qué veías en nosotros para entregarte así? ¿Qué esperanza te sostenía cuando todo parecía perdido? Sentí que mis preguntas no buscaban respuestas, sino transformación.

Mientras envolvían tu cuerpo en lienzos, pensé en la cruz que habías llevado contigo. Era solo un tramo del camino, pero había cambiado mi vida. Ahora comprendía que aquel peso no era solo madera, sino una invitación. Una llamada a vivir de otro modo, a amar de otro modo, a entregarme sin reservas. Entonces, me pregunté si sería capaz de responder a esa llamada o si volvería a mi vida de siempre como si nada hubiera ocurrido.

Cuando te llevaron al sepulcro, caminé detrás en silencio. No era discípulo, amigo ni familiar. Solo era un hombre tocado por un misterio que no sabía nombrar. **Enséñame, Señor, a permanecer junto a ti incluso cuando no te comprendo, a mantener la esperanza cuando todo parece perdido y a creer que tu cuerpo entregado es la semilla de algo que aún no ha nacido.**

(Oración)

Oremos diciendo: **Tómame de la mano, María**

Cuando cedo a la recriminación y al victimismo. **Tómame...**

Cuando dejo de luchar y acepto convivir con mis falsedades. **Tómame...**

Cuando titubeo y no tengo el valor de decirle “sí” a Dios. **Tómame...**

Cuando soy indulgente conmigo mismo e inflexible con los demás. **Tómame...**

Cuando quiero que la Iglesia y el mundo cambien, pero yo no cambio. **Tómame...**

V/. Salve, cruz de Cristo, única esperanza.

R/. En ti, Señor, confié, no me veré defraudado para siempre. (Todos)



Descendimiento (Burgos)

XIV ESTACIÓN: Jesús es puesto en el sepulcro.

V/. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/. Pues por tu santa cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según san Mateo 27,55-58; 17,22-23

José, tomando el cuerpo de Jesús, lo envolvió en una sábana limpia, lo puso en el sepulcro nuevo que se había excavado en una roca, rodó una piedra grande a la entrada del sepulcro y se marchó. María Magdalena y la otra María se quedaron allí sentadas enfrente del sepulcro.

(Meditación)

El sepulcro, excavado en la roca, era frío y silencioso. Cuando colocaron tu cuerpo en su interior, sentí que el mundo entero se detenía. No hubo gritos, protestas ni milagros visibles. Solo se escuchaba el peso de la piedra que rodaron para cerrar la entrada, como si la noche quisiera tragarse la luz para siempre. Me quedé allí, sin saber si debía marcharme o quedarme, como quien no quiere abandonar a un amigo aunque ya no pueda oírlo.

Mientras contemplaba la piedra sellada, me preguntaba qué quedaba de todo lo que había vivido aquel día. Había visto al Hijo de



Santo Entierro (Zamora)

Dios caminar hacia la muerte, caer, levantarse, perdonar y amar hasta el extremo. Y ahora todo parecía haber llegado a su fin. Pero algo dentro de mí se resistía a aceptar que la historia acabara así. Era como una brasa escondida bajo las cenizas, una intuición que no sabía explicar: tu silencio no era una derrota, sino una espera.

Me senté en una roca cercana, incapaz de alejarme. El viento soplaba con una suavidad extraña, como si toda la creación guardara un secreto. Pensé en mi vida antes de conocerte, en mis pequeñas preocupaciones, en mis miedos cotidianos. Algo en mí había despertado y no podría volver a dormirse. ¿Qué haría ahora con esa luz que había visto? ¿Cómo viviría después de haber tocado el misterio?

Cuando finalmente me levanté para regresar a casa, lo hice con un peso nuevo, no de tristeza, sino de responsabilidad. Sabía que tu historia no había terminado, aunque no pudiera explicarlo. **Enséñame, Señor, a esperar contigo en la oscuridad, a creer cuando no veo y a avanzar hacia la luz que aún no ha amanecido, pero que ya empieza a nacer en mi corazón.**

(Oración)

Oremos diciendo: **Señor, te piedad**

De mí, negligente para convertirme. **Señor...**

De mí, que me gusta recibir mucho, pero dar poco. **Señor...**

De mí, incapaz de rendirme a tu amor. **Señor...**

De nosotros, rápidos para servirnos de las cosas, pero lentos para el servicio a los demás. **Señor...**

De nuestro mundo, plagado de los sepulcros de nuestro egoísmo. **Señor...**

V/. **Salve, cruz de Cristo, única esperanza.**

R/. En ti, Señor, confíe, no me veré defraudado para siempre. (Todos)

JESÚS NOS ACOMPAÑA EN EL CAMINO HACIA LA CRUZ

CELEBRACIÓN PENITENCIAL

“OS ANUNCIAMOS LA CONVERSIÓN Y LA MISERICORDIA”

MONICIÓN DE ENTRADA

Seguimos caminando a lo largo de esta Cuaresma hacia Aquel que es la fuente de la misericordia y que nos invita una y otra vez a la conversión de nuestro corazón. Venimos a esta celebración para revisar todo lo que hemos recorrido hasta ahora y también, para poder tomar fuerzas para poder continuar hacia nuestra meta: la Pascua. Hoy queremos agradecer lo conseguido y arrepentirnos de los fallos que hayamos podido tener, de nuestros cansancios, olvidos, omisiones...



Canto de entrada: Tu mejor versión (Nico Montero)

**ES LA HORA DE CAMBIAR
ES EL TIEMPO DE TRANSFORMAR
NUESTRA MENTE Y NUESTRO CORAZÓN
CONVIÉRTETE EN TU MEJOR VERSIÓN (bis)**

Reconcíliate y pide perdón.
Deja el odio atrás y el rencor
que la paz reine en tu corazón
que tu vida se llene de amor.

ESTRIBILLO

Cambia todo, y hazlo mejor
pon sonrisas en vez de dolor
Sé un regalo para los demás,
y con todos, solidaridad.



Reza y pide fuerzas a Dios.
Que el Señor te de el valor
para ser signo de su amor
y forjar un mundo mejor.

ESTRIBILLO

ORACIÓN

Dios Padre misericordioso, que nos has reunido en nombre de tu Hijo para alcanzar misericordia. Abre nuestros ojos para que descubramos el mal que hemos hecho; mueve nuestro corazón, para que, con sinceridad, nos convirtamos a ti; que tu amor reúna de nuevo a quienes dividió y dispersó el pecado; que tu fuerza sane y robustezca a quienes debilitó su fragilidad; que el Espíritu vuelva de nuevo a la vida a quienes venció la muerte; para que, restaurado tu amor en nosotros, resplandezca en nuestra vida la imagen de tu Hijo, y así, podamos anunciar a todos tu misericordia. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

Lectura de la primera carta de san Juan (1 Jn 1, 8 – 2,2)

Si afirmamos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y no tenemos la verdad. Si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad. Si afirmamos que no hemos pecado, lo hacemos pasar por mentiroso y su palabra no habita en nosotros. Mis queridos hijos, les escribo estas cosas para que no pequen. Pero si alguno peca, tenemos ante el Padre a un intercesor, a Jesucristo, el Justo. Él es el sacrificio por el perdón de nuestros pecados, y no sólo por los nuestros sino por los de todo el mundo.

Palabra de Dios.

Salmo responsorial

R/. Misericordia, Señor: hemos pecado.

Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa,
lava del todo mi delito,
limpia mi pecado. R/.

Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado:
contra ti, contra ti solo pequé,
cometí la maldad que aborreces. R/.

Oh Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;
no me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu. R/.

Devuélveme la alegría de tu salvación,
afíanzame con espíritu generoso.
Señor, me abrirás los labios,
y mi boca proclamará tu alabanza. R/.

Lectura del santo evangelio según san Mateo 9, 1-13

Subió Jesús a una barca, cruzó a la otra orilla y fue a su ciudad. En esto le presentaron un paralítico, acostado en una camilla. Viendo la fe que tenían, dijo al paralítico: «¡Ánimo, hijo!, tus pecados te son perdonados». Algunos de los escribas se dijeron: «Este blasfema». Jesús, sabiendo lo que pensaban, les dijo: «¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir: “Tus pecados te son perdonados”, o decir: “Levántate y echa a andar”? Pues, para que veáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados —entonces dice al paralítico—: “Ponte en pie, coge tu camilla y vete a tu casa”». Se puso en pie y se fue a su casa. Al ver esto, la gente quedó sobrecogida y alababa a Dios, que da a los hombres tal potestad.

Al pasar vio Jesús a un hombre llamado Mateo sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: «Sígueme». Él se levantó y lo siguió. Y estando en la casa, sentado a la mesa, muchos publicanos y pecadores, que habían acudido, se sentaban con Jesús y sus discípulos. Los fariseos, al verlo, preguntaron a los discípulos: «¿Cómo es que vuestro maestro come con publicanos y pecadores?». Jesús lo oyó y dijo: «No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. Andad, aprended lo que significa “Misericordia quiero y no sacrificio”: que no he venido a llamar a justos sino a pecadores».



GUÍA PARA EXPERIMENTAR EL AMOR DE DIOS

LOS CINCO PASOS (O ACTOS) DEL PENITENTE PARA UNA BUENA CONFESIÓN.

1. Examen de conciencia

«Entonces recapitó y se dijo: “¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras yo aquí me muero de hambre!”» (Lc 15, 17)

Es detenerse, recapacitar y mirar la propia vida a la luz de Dios: reconocer dónde estoy, qué he hecho y qué consecuencias ha tenido mi pecado.

2. Dolor de los pecados (contrición)

«Me levantaré, iré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti.» (Lc 15, 18)

Es el arrepentimiento sincero por haber ofendido a Dios, reconociendo el pecado no solo como error, sino como una herida a la relación con Él.

3. Propósito de la enmienda

«Ya no merezco llamarme hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros.» (Lc 15, 18-19)

Es la decisión firme de cambiar de vida, de no volver al pecado y de aceptar un camino nuevo, aunque implique sacrificio y humildad.

4. Confesión de los pecados

«Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo.» (Lc 15, 21)

Es decir los pecados con sinceridad y humildad, sin excusas, poniéndolos en palabras delante de Dios (en la Iglesia, a través del sacerdote).

5. Cumplir la penitencia (satisfacción)

«Porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado.» (Lc 15, 24)

La penitencia no es castigo, sino un gesto concreto que expresa la conversión y la vida nueva: vivir como hijo reconciliado y restaurar lo que el pecado dañó.

NOTAS PARA UN EXAMEN DE CONCIENCIA

Para hacer el examen de conciencia se deja un periodo de silencio y reflexión.

Jesús nos anuncia la **ESCUCHA**:

¿Escucho a Dios en mi día a día y rezo con frecuencia? ¿Con mi testimonio facilito y permito que otros puedan acercarse a él y lo escuchen? ¿Procuro ir a misa al menos los domingos para escuchar y alimentarme de su Palabra y su Cuerpo y Sangre? ¿Escucho a los demás para estar atento a sus necesidades? ¿Escucho el clamor de los pobres? ¿Soy solidario? ¿Otras personas han tenido que escuchar palabras irrespetuosas sobre Dios pronunciadas por mí? ¿Escucho la necesidad que los demás tienen de conocer a Jesús? ¿Lo anuncio con mis palabras y mis acciones?

Jesús nos anuncia la **CONFIANZA**:

¿Confío y creo en todo lo que Dios ha revelado y nos enseña la Iglesia Católica? ¿Confío en que Dios actúa y se hace presente en los sacramentos, por lo que me acerco adecuadamente preparado? ¿Confío en el perdón de los pecados y no omito ningún pecado grave en la confesión? ¿Confío en que Dios me quiere, me acompaña y le agradezco todo lo que me da? ¿Confío y quiero a mi cónyuge, a mis padres, hijos, hermanos y amigos y les ayudo en sus necesidades? ¿rezo por ellos?

Jesús nos anuncia la **REDENCIÓN**:

¿Necesito que Dios me libere de realizar voluntariamente acciones o tener pensamientos impuros? ¿Necesito liberarme de ataduras como la pornografía, el alcohol, la droga, el juego? ¿Necesito verme liberado por Dios de la avaricia, la soberbia, la vanidad, la envidia, el odio, el orgullo, el egoísmo? ¿Me he desentendido de colaborar con las necesidades de la iglesia y la sociedad? ¿Me he descuidado de mis obligaciones en mi día a día? ¿Necesito liberarme de la mentira, de hablar mal de otros? ¿He realizado acciones que vayan en contra de la vida humana?

rito de la RECONCILIACIÓN

Queridos hermanos, reconozcamos ahora nuestros pecados, imploremos la misericordia de Dios y oremos mutuamente unos por otros. Jesucristo, el Señor, ha llamado a los pecadores al Reino de su Padre y nos anuncia su misericordia. Hagamos ahora en nuestro corazón un acto de arrepentimiento sincero, con el firme propósito de corregirnos.

Yo confieso ante Dios todopoderoso y ante vosotros hermanos que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión, por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. Por eso ruego a Santa María siempre Virgen, a los ángeles, a los santos y a vosotros hermanos que intercedáis por mí ante Dios nuestro Señor.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. AMÉN.

Oremos humildemente al Señor misericordioso para que él, que purifica los corazones de quienes se confiesan pecadores y libera de toda culpa a los que se acusan de ella, cure nuestras heridas y nos perdone los pecados. Respondemos a cada invocación cantando: **Señor, ten piedad.**

- Tú, que fuiste ungido para llevar la Buena Noticia a los desvalidos y confortar a los corazones arrepentidos.
- Tú, que no has venido a llamar a los justos, sino a los pecadores.
- Tú, que no evitaste tratar con publicanos y pecadores.
- Tú, que en la cruz diste la vida por nosotros.
- Tú, que estás sentado a la derecha del Padre, intercediendo por nosotros.

Oremos ahora a Dios, nuestro Padre. Él que es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad; él perdona las culpas y cura todas las enfermedades; él sana los corazones destrozados y venda sus heridas. A él, por tanto, que es todo amor hacia sus hijos, nos dirigimos con las mismas palabras que Jesucristo nos enseñó, para que por su gran misericordia nos perdone los pecados y nos libre del mal.

Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu Nombre; venga a nosotros tu Reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden; no nos dejes caer en la tentación, y libranos de mal. Amén.



CONFESIÓN SACRAMENTAL

Nota: Obtenido el perdón es conveniente realizar algún gesto tanto por el sacerdote (apretón de manos o abrazo) como por el penitente (arrodillarse para dar las gracias a Dios por su misericordia y su amor). Se puede dejar algunas frases en los bancos, un mensaje de Jesús.

Canto final: Gracias, Señor (Romina di Benedetti)

Gracias, Señor, por llenarme de amor cuando yo lo necesito.
Gracias, Señor, por estar junto a mí, tú eres mi mejor amigo.

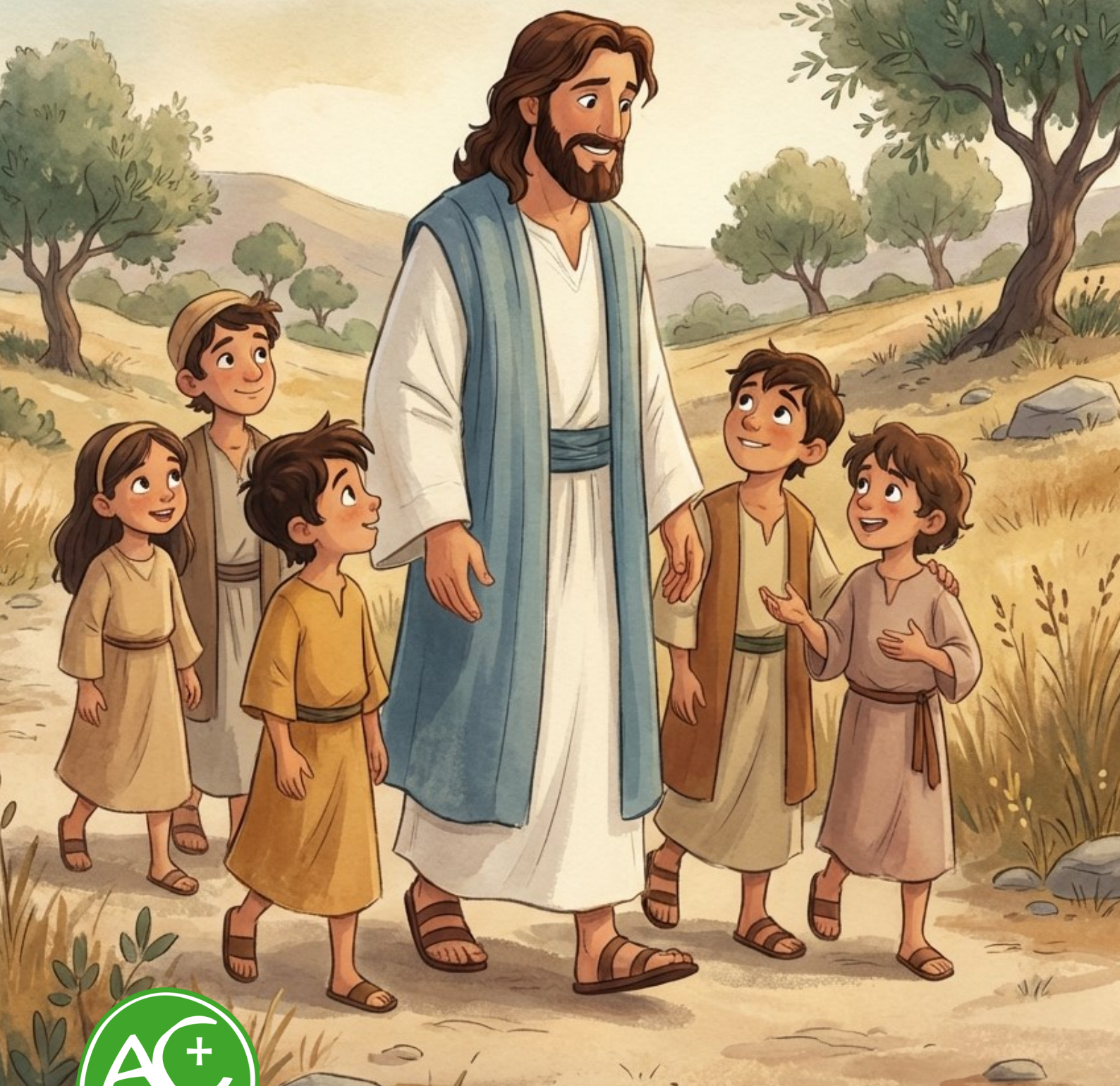
**Porque aunque yo te ofendo me sigues amando.
Porque por tu misericordia siempre perdonarás.
Porque sin tu amor, mi vida no tiene sentido
quiero seguir contigo, acercarme a ti.
Dame la fuerza para seguir por tus caminos.
Si tú estás conmigo, quién estará contra mí.**

Gracias, Señor, por darme un corazón con el cual puedo amar.
Gracias, Señor, por darme la lección de seguir por tus caminos.

Porque aunque yo te ofenda...



En Cuaresma,
caminamos con Jesús.



MATERIAL DE INFANCIA

EL CAMINO CUARESMA

La cuaresma no es solo el tiempo que precede a la pascua, es un camino que nos conduce a ella un tiempo de conversión real. Por ello con este material de infancia queremos ayudar a que los niños y niñas de nuestras parroquias vivan este tiempo de Cuaresma preparando su corazón para la celebración de la Pasión, muerte y resurrección de Jesucristo que viene a salvarnos, traernos la alegría, la paz, la justicia y la cercanía de Dios.

Este material pretende ser un itinerario oracional en el que cada semana iremos comprendiendo, rezando y haciendo vida el evangelio del Domingo. Jesús con su palabra nos ayuda a vivir con mayor intensidad esta cuaresma.

¿CÓMO LO HACEMOS?

Vamos a ir caminando semana a semana con Jesús

Es bueno que, previamente, los acompañantes pueden haber trabajado la CATEQUESIS DE CUARESMA y el ITINERARIO DE CUARESMA para adultos y jóvenes, correspondientes a ese domingo de forma personal o en grupo. Esto siempre es bueno para poder transmitir a los niños y niñas como lo vive el acompañante y poder dar testimonio.

Vamos a recorrer un camino en el que, cada domingo, Jesús visitará un lugar distinto y se encontrará con una persona concreta.

- I Domingo de Cuaresma: El desierto y el demonio.
- II Domingo de Cuaresma: El monte Tabor.
- III Domingo de Cuaresma: Samaria y la samaritana.
- IV Domingo de Cuaresma: El ciego de nacimiento.
- V Domingo de Cuaresma: Betania y Lázaro.

En el **ANEXO 1** podéis encontrar un mapa con el recorrido de este camino. En el **ANEXO 2** se recogen las escenas de cada encuentro.

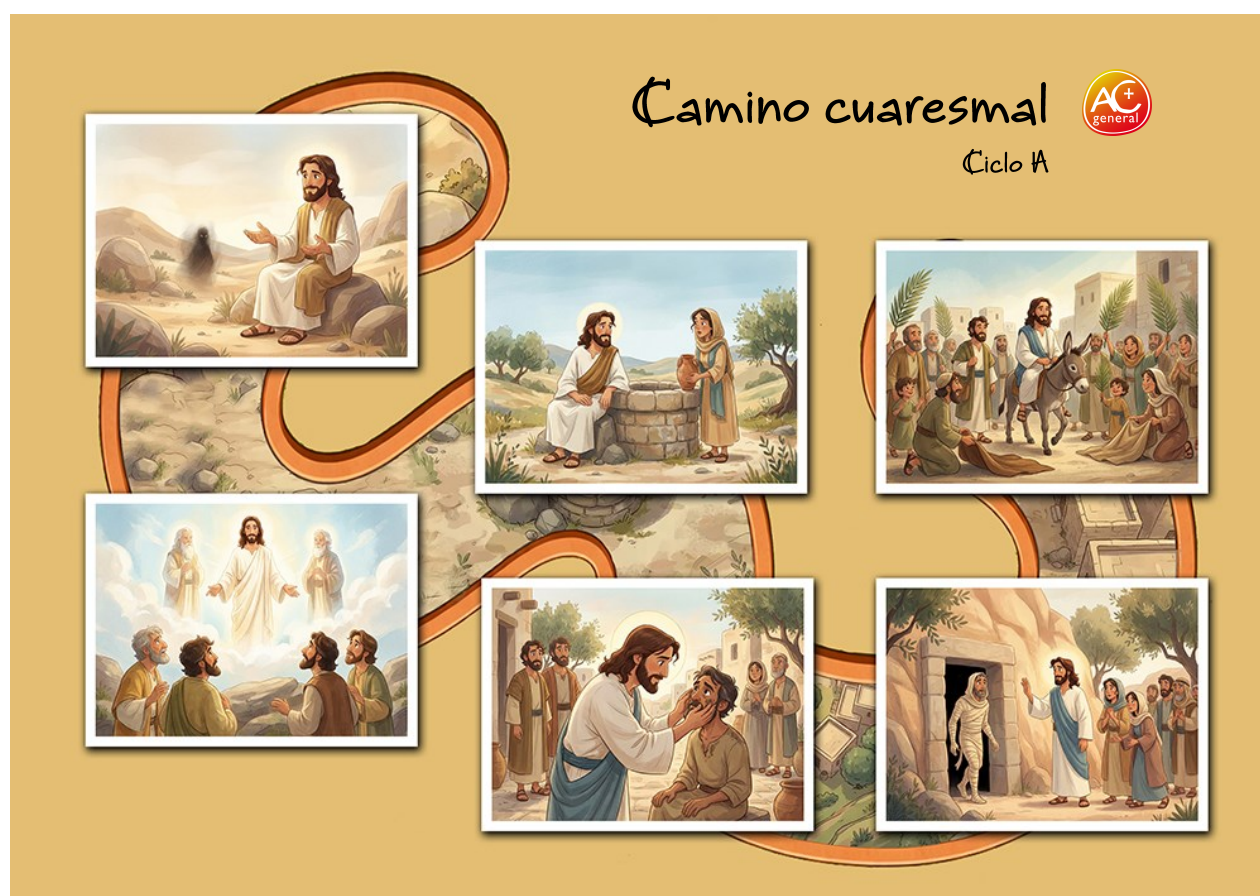


Antes de cada sesión en la que vayamos a trabajar el material, será necesario preparar el camino. Lo hacemos pegando la escena correspondiente que vayamos a trabajar en el camino.

El material está pensado como un material de oración. Puede ser trabajado previo a la sesión con todos los niños de la parroquia preferiblemente en la capilla pero siempre adaptada a la realidad de los niños y niñas del grupo.

La oración se divide en:

- ⇒ **Canto de entrada:** “Yendo contigo”. Proponemos hacer un mismo canto todas las semanas para hacer conscientes a los niños y niñas de que comenzamos el momento de oración. También, en caso de tener posibilidad, os recomendamos hacer los cantos con guitarra. Los acordes de encuentran en el **ANEXO 3**
- ⇒ **Proclamación del evangelio:** En este momento hacemos la lectura del Evangelio. Debemos transmitir que no es una lectura más, sino que es muy especial porque vamos a escuchar la palabra de Dios. Por eso debemos cuidar el ambiente de oración.
- ⇒ **Diálogo y reflexión a la luz de la palabra:** Después de la lectura de la palabra explicamos el texto y mantenemos un diálogo. Proponemos una explicación y algunas preguntas para el diálogo.
- ⇒ **Oración:** Rezamos juntos la oración del final.
- ⇒ **Canto de despedida:** “Jesús es (Cuaresma)”. Los acordes de encuentran en el **ANEXO 3**



I DOMINGO DE CUARESMA

Comenzamos con la canción:

Esta semana Jesús va al desierto vamos a escuchar que le pasó.

En este momento proclamamos el evangelio Mt 4, 1-11

Tras la proclamación del evangelio mantenemos un diálogo entorno a la siguiente explicación:

Jesús se va solo al desierto. El desierto es un lugar duro: no hay comida, hace calor, hay silencio. Allí Jesús pasa cuarenta días. Está cansado y tiene hambre, como cualquiera de nosotros.

En ese momento aparece el diablo, que intenta engañar a Jesús. Le propone tres cosas que parecen buenas, pero que en realidad lo alejan de Dios. Primero le dice que convierta las piedras en pan. Jesús tiene hambre, pero no usa su poder para pensar solo en él. Nos enseña que no todo lo que necesitamos es material, que también necesitamos confiar en Dios.

Después el diablo le propone que haga algo espectacular para que todos lo admiren. Jesús no quiere presumir ni obligar a Dios a ayudarlo. Él confía de verdad en su Padre.

Por último, le ofrece poder y riquezas. Jesús lo rechaza, porque sabe que solo Dios es lo más importante.

Jesús nos enseña que siempre podemos elegir el bien, aunque sea difícil, Dios nunca nos deja solos.

¿Qué cosas te cuesta hacer bien?

Oración:

Jesús ayúdame cuando me cueste elegir lo bueno y quédate conmigo. Amén.

II DOMINGO DE CUARESMA

Comenzamos con la canción:

Esta semana Jesús sube al monte Tabor con sus amigos.

En este momento proclamamos el evangelio Mt 17, 1-19

Tras la proclamación del evangelio mantenemos un diálogo entorno a la siguiente explicación:

Tras la proclamación del evangelio mantenemos un diálogo entorno a la siguiente explicación:

Jesús sube a una montaña con tres de sus amigos más cercanos: Pedro, Santiago y Juan. Jesús se transforma delante de ellos. Su rostro brilla como el sol y su ropa se vuelve blanca y luminosa. Los discípulos se sorprenden y hasta se asustan.

Aparecen Moisés y Elías, dos grandes personajes del Antiguo Testamento. Esto significa que Jesús cumple todo lo que Dios había prometido desde hace mucho tiempo. Entonces se escucha la voz de Dios desde una nube que dice: “Este es mi Hijo querido, escuchadlo”.

El Evangelio nos recuerda que Jesús es el Hijo de Dios y que debemos aprender a escucharlo para vivir mejor.

¿En quién confías cuando tienes miedo o te asusta algo? ¿Escuchas realmente a Jesús?

Oración:

Jesús, ayúdame a escucharte y confiar en ti cuando algo me asusta. Amén.

III DOMINGO DE CUARESMA

Comenzamos con la canción:

Esta semana Jesús visita una ciudad en Samaria y se encuentra con una mujer.

En este momento proclamamos el evangelio Jn 4, 5-42

Tras la proclamación del evangelio mantenemos un diálogo entorno a la siguiente explicación:

Jesús está cansado y se sienta junto a un pozo. Allí se encuentra con una mujer que va a sacar agua. Nadie esperaba que Jesús hablara con ella, porque era de un pueblo diferente y, además, la gente la miraba mal. Pero Jesús no la juzga.

Jesús le pide agua y luego le habla de un “agua viva”. Esta agua no es como la del pozo: es el amor de Dios, que llena el corazón y no se acaba nunca. Jesús conoce la vida de la mujer y aun así la quiere y la respeta.

La mujer se siente comprendida y cambia por dentro. Corre a contar a los demás lo que ha vivido. Jesús nos enseña que Él nos conoce tal como somos, que no nos rechaza y que puede llenar nuestra vida de alegría verdadera.

¿Que cosas me hacen estar contento durante un rato? ¿cuales me hacen feliz de verdad?

Oración:

Jesús, dame de tu agua viva. Ayúdame a buscarte cuando me sienta vacío. Amén.

IV DOMINGO DE CUARESMA

Comenzamos con la canción:

Esta semana Jesús se encuentra a un hombre ciego

En este momento proclamamos el evangelio Jn 9, 1-41

Tras la proclamación del evangelio mantenemos un diálogo entorno a la siguiente explicación:

Jesús se encuentra con un hombre que nunca había podido ver. Muchas personas pensaban que estaba así porque había hecho algo malo, pero Jesús explica que no es un castigo de Dios.

Jesús se acerca a él, lo toca y lo cura. El hombre empieza a ver por primera vez: los colores, los rostros, el mundo. Su vida cambia completamente. Sin embargo, algunas personas no quieren creer y se enfadan, porque no aceptan lo que Jesús ha hecho.

Jesús explica que Él es la luz del mundo. No solo nos ayuda a ver con los ojos, sino también a ver con el corazón: a distinguir lo que está bien y lo que está mal, a amar mejor y a ser más justos.

**Cuando veo a alguien solo o triste, ¿qué puedo hacer?
¿Cómo puedo ser luz para mis amigos?**

Oración:

Jesús abre mis ojos para ver como te ves. Amén

V DOMINGO DE CUARESMA

Comenzamos con la canción:

Esta semana Jesús visita Betania para hacer algo muy especial.

En este momento proclamamos el evangelio Jn 9, 1-41

Tras la proclamación del evangelio mantenemos un diálogo entorno a la siguiente explicación:

Lázaro es amigo de Jesús. Cuando muere, sus hermanas Marta y María están muy tristes. Jesús llega cuando ya ha pasado tiempo y todos piensan que no hay nada que hacer. Jesús llora con ellos, porque siente su dolor.

Jesús se acerca a la tumba y grita con voz fuerte: “Lázaro, sal fuera”. Y Lázaro vuelve a la vida. Todos se quedan asombrados. Con este gesto, Jesús muestra que Él tiene poder sobre la muerte y que el amor de Dios es más fuerte que todo.

El Evangelio nos enseña que, aunque pensemos que algo está perdido, Jesús puede darnos una nueva oportunidad. Siempre podemos empezar de nuevo con Él.

¿Qué cosas te gustaría hacer mejor a partir de hoy?

¿Qué puedes cambiar para portarte mejor con los demás?

Oración:

Jesús, ayúdame a cambiar y a vivir mejor cada día. Amén.

ANEXO 1. EL MAPA

El mapa está creado en tres partes (A,B y C), que se han de pegar por las pestañas.

MAPA. PARTE A.



PEGAD LA PARTE B DEL MAPA

MAPA. PARTE B.

Camino



PEGAD LA PARTE C DEL MAPA

cuaresmal

Ciclo A



ANEXO 2. LAS IMÁGENES

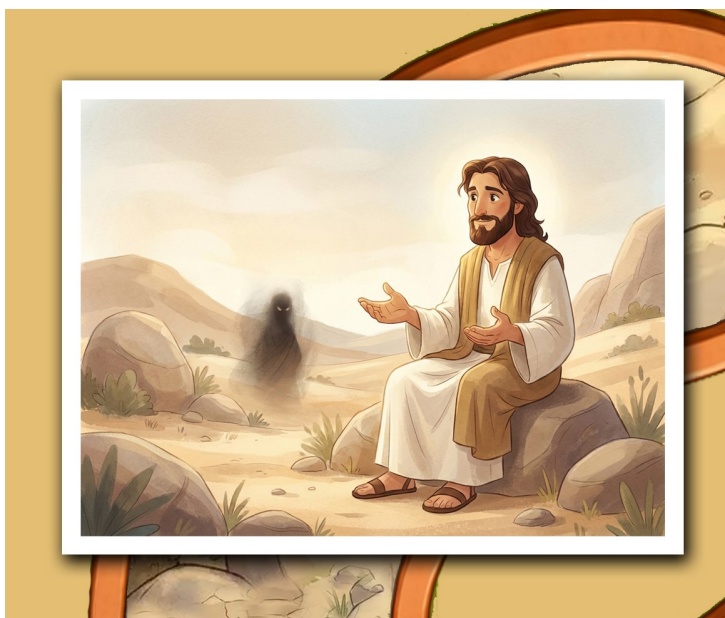
Las imágenes se irán pegando cada semana en el mapa, en su lugar.

En el Preparando el Domingo de la semana, aparecerá la imagen correspondiente a la semana.

Nota 1. Al final de este material aparecen los Preparando el Domingo sin las imágenes para que no sea redundante, al estar ya en este anexo. Al igual que las imágenes, las tres partes del mapa aparecerán en el Preparando el Domingo del Miércoles de Ceniza.

Nota 2. En la web de la ACG, donde se ha descargado este material, también se puede descargar un mapa y unas imágenes en tamaño Din A3, para ser impreso en mayor tamaño.

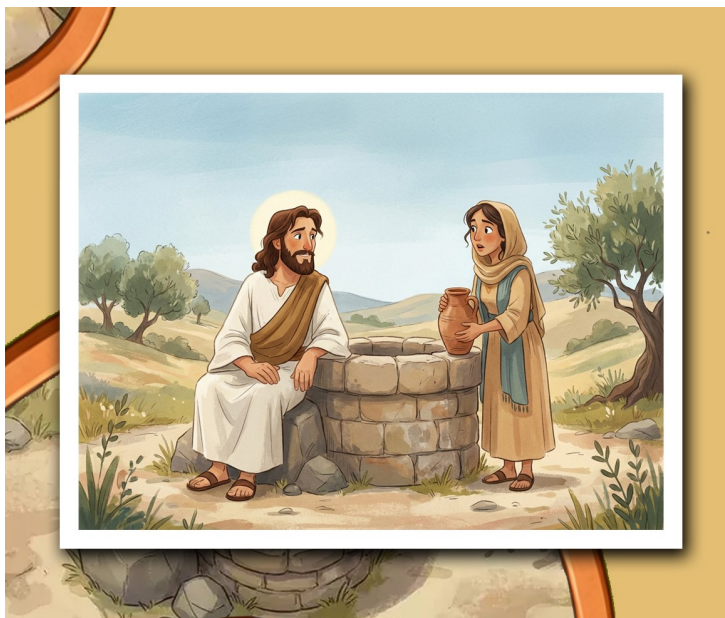
DOMINGO I DE CUARESMA



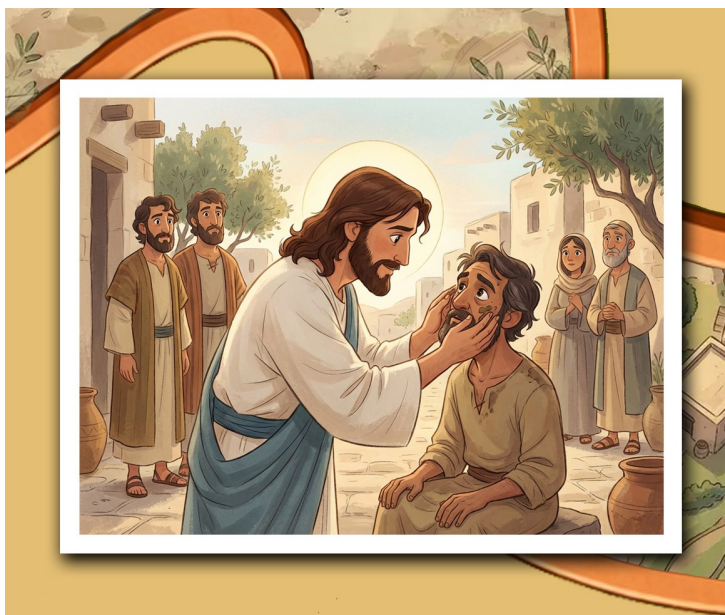
DOMINGO II DE CUARESMA



DOMINGO III DE CUARESMA



DOMINGO IV DE CUARESMA



DOMINGO V DE CUARESMA



DOMINGO DE RAMOS



ANEXO 3. CANCIONES

Canción de entrada: **Yendo contigo | Migueli**

<https://www.youtube.com/watch?v=uCoQHo-y6c0>



RE LA SI FA#

Yendo contigo nada me inquieta

SOL RE LA

marcho con paz y fuerza

RE LA SI FA#

Yendo contigo todo se espera

SOL LA RE

cada mañana es nueva

RE LA SI FA#

Yendo contigo nada me inquieta

SOL RE LA

marcho con paz y fuerza

RE LA SI FA#

Yendo contigo todo se espera

SOL LA RE

cada mañana es nueva

Canción final: **Jesús es (Cuaresma) | Unai Quiros:**

https://www.youtube.com/watch?v=PDwp-M7E5UI&list=RDPDwp-M7E5UI&start_radio=1



SOL DO SOL

Jesús es hombre, Jesús es Dios.

Mim Lam RE

Jesús el agua, la luz, la vida.

SOL DO SOL

Jesús hoy cambia mi corazón,

Lam SOL (DO) Lam RE DO

no tengo miedo su amor me habita (bis) Él es la causa de mi alegría.

SOL DO

Jesús es hombre, Jesús es Dios.

SOL DO SOL RE

Jesús el agua, la luz, la vida, mi esperanza (4).



18

FEBRERO

MIÉRCOLES DE CENIZA

Iniciamos el Camino cuaresmal

Escuchemos atentos la Palabra: Mateo 6, 1-6.16-18

Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de lo contrario no tenéis recompensa de vuestro Padre celestial. Por tanto, cuando hagais limosna, no mandes tocar la trompeta ante ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles para ser honrados por la gente; en verdad os digo que ya han recibido su recompensa. Tú, en cambio, cuando hagais limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; así tu limosna quedará en secreto y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará. Cuando oréis, no seáis como los hipócritas, a quienes les gusta orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para que los vean los hombres. En verdad os digo que ya han recibido su recompensa. Tú, en cambio, cuando ores, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo recompensará.

Cuando ayunéis, no pongáis cara triste, como los hipócritas que desfiguran sus rostros para hacer ver a los hombres que ayunan. En verdad os digo que ya han recibido su paga. Tú, en cambio, cuando ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara, para que tu ayuno lo note, no los hombres, sino tu Padre, que está en lo escondido; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará.



El Camino cuaresmal

Hoy comenzamos un camino muy especial: el **Camino cuaresmal**. No es un camino que se recorra con los pies, sino con el **corazón**. Para ayudarnos, vamos a construir un mapa entre todos.

Primero, uniremos las **tres partes del mapa**, porque el camino no se hace solo ni de una vez. La Cuaresma es un tiempo para avanzar poco a poco, paso a paso, preparando nuestro corazón para la Pascua. Cada parte del mapa nos recuerda que crecer por dentro lleva tiempo, esfuerzo y constancia.

Durante las semanas de Cuaresma y hasta el **Domingo de Ramos**, iremos recibiendo **seis imágenes**. Cada imagen representa el **evangelio de un domingo**. No las pegaremos todas de golpe, sino **una cada semana**, en el lugar que le corresponde del mapa. Así veremos cómo nuestro camino va tomando forma, igual que nuestra vida cristiana cuando intentamos vivir como Jesús.

Este camino está inspirado en lo que nos dice Jesús en el evangelio de **Mateo 6, 1-6.16-18**. Jesús nos enseña que cuando rezamos, ayudamos o ayunamos, no lo hacemos para que nos vean los demás, sino **para estar más cerca de Dios**. La Cuaresma no trata de aparentar, sino de cambiar por dentro: ser más generosos, saber compartir, rezar con sinceridad y pensar en los demás.

Cada imagen que pegamos es una **parada del camino**, un momento para escuchar a Jesús y preguntarnos:

¿qué puedo mejorar esta semana?, ¿cómo puedo amar más?, ¿qué paso quiero dar hoy?

Al final del recorrido, con todas las imágenes colocadas, veremos que hemos hecho un verdadero **camino cuaresmal**, no solo en el mapa, sino también en nuestro corazón.





22

FEBRERO

DOMINGO I DE CUARESMA

Llegamos al desierto

Escuchemos atentos la Palabra: Mt 4, 1-11

En aquel tiempo, Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo. Y después de ayunar cuarenta días con sus cuarenta noches, al fin sintió hambre. El tentador se le acercó y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes». Pero él le contestó: «Está escrito: "No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios"». Entonces el diablo lo llevó a la ciudad santa, lo puso en el alero del templo y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: "Ha dado órdenes a sus ángeles acerca de ti y te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece con las piedras"». Jesús le dijo: «También está escrito: "No tentarás al Señor, tu Dios"». De nuevo el diablo lo llevó a un monte altísimo y le mostró los reinos del mundo y su gloria, y le dijo: «Todo esto te daré, si te postras y me adoras». Entonces le dijo Jesús: «Vete, Satanás, porque está escrito: "Al Señor, tu Dios, adorarás y a él solo darás culto"». Entonces lo dejó el diablo, y he aquí que se acercaron los ángeles y lo servían.



Para hacer vida el Evangelio

Jesús se va solo al desierto. El desierto es un lugar duro: no hay comida, hace calor, hay silencio. Allí Jesús pasa cuarenta días. Está cansado y tiene hambre, como cualquiera de nosotros.

En ese momento aparece el diablo, que intenta engañar a Jesús. Le propone tres cosas que parecen buenas, pero que en realidad lo alejan de Dios. Primero le dice que convierta las piedras en pan. Jesús tiene hambre, pero no usa su poder para pensar solo en él. Nos enseña que no todo lo que necesitamos es material, que también necesitamos confiar en Dios.

Después el diablo le propone que haga algo espectacular para que todos lo admiren. Jesús no quiere presumir ni obligar a Dios a ayudarlo. Él confía de verdad en su Padre.

Por último, le ofrece poder y riquezas. Jesús lo rechaza, porque sabe que solo Dios es lo más importante.

Jesús nos enseña que siempre podemos elegir el bien, aunque sea difícil, Dios nunca nos deja solos.

Di a Jesús con tus
palabras ...

**¿Qué cosas te
cuesta hacer
bien?**

Oración:

Jesús ayúdame cuando me cueste elegir lo bueno y quédate conmigo. Amen.



1
MARZO

DOMINGO II DE CUARESMA

Llegamos al Monte Tabor

Escuchemos atentos la Palabra: Mt 17, 1-9

En aquel tiempo Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y subió con ellos aparte a un monte alto. Se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. De repente se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él. Pedro, entonces, tomó la palabra y dijo a Jesús: «Señor, ¡qué bueno es que estemos aquí! Si quieres, haré tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías». Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra y una voz desde la nube decía: «Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco. Escuchadlo».

Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto. Jesús se acercó y, tocándolos, les dijo: «Levantaos, no temáis». Al alzar los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús, solo. Cuando bajaban del monte, Jesús les mandó: «No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos».



Para hacer vida el Evangelio

Tras la proclamación del evangelio mantenemos un diálogo entorno a la siguiente explicación:

Jesús sube a una montaña con tres de sus amigos más cercanos: Pedro, Santiago y Juan. Jesús se transforma delante de ellos. Su rostro brilla como el sol y su ropa se vuelve blanca y luminosa. Los discípulos se sorprenden y hasta se asustan.

Aparecen Moisés y Elías, dos grandes personajes del Antiguo Testamento. Esto significa que Jesús cumple todo lo que Dios había prometido desde hace mucho tiempo. Entonces se escucha la voz de Dios desde una nube que dice: “Este es mi Hijo querido, escuchadlo”.

El Evangelio nos recuerda que Jesús es el Hijo de Dios y que debemos aprender a escucharlo para vivir mejor.

Di a Jesús
con tus palabras ...

**¿En quién confías
cuando tienes miedo
o te asusta algo?
¿Escuchas realmente
a Jesús?**

Oración:

Jesús, ayúdame a escucharte y confiar en ti cuando algo me asusta. Amén.



8
MARZO

DOMINGO III DE CUARESMA

Llegamos a Samaría

Escuchemos atentos la Palabra: Jn 4. 5-42

“En aquel tiempo, llegó Jesús a una ciudad de Samaría llamada Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José; allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al pozo. Era hacia la hora sexta. Llega una mujer de Samaría a sacar agua, y Jesús le dice: «Dame de beber». Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida. La samaritana le dice: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?» (porque los judíos no se tratan con los samaritanos). Jesús le contestó: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice "dame de beber", le pedirías tú, y él te daría agua viva». La mujer le dice: «Señor, si no tienes cubo, y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?; ¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?». Jesús le contestó: «El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna». La mujer le dice: «Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla».

«Señor, veo que tú eres un profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte, y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén». Jesús le dice: «Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis a uno que no conocéis; nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que lo adoren así. Dios es espíritu, y los que adoran deben hacerlo en espíritu y verdad». La mujer le dice: «Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga, él nos lo dirá todo». Jesús le dice: «Soy yo, el que habla contigo».

En aquel pueblo muchos samaritanos creyeron en él por el testimonio que había dado la mujer. Así, cuando llegaron a verlo los samaritanos, le rogaban que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Todavía creyeron muchos más por su predicación, y decían a la mujer: «Ya no creemos por lo que tú dices; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo».



Para hacer vida el Evangelio

Jesús está cansado y se sienta junto a un pozo. Allí se encuentra con una mujer que va a sacar agua. Nadie esperaba que Jesús hablara con ella, porque era de un pueblo diferente y, además, la gente la miraba mal. Pero Jesús no la juzga.

Jesús le pide agua y luego le habla de un “agua viva”. Esta agua no es como la del pozo: es el amor de Dios, que llena el corazón y no se acaba nunca. Jesús conoce la vida de la mujer y aun así la quiere y la respeta.

La mujer se siente comprendida y cambia por dentro. Corre a contar a los demás lo que ha vivido. Jesús nos enseña que Él nos conoce tal como somos, que no nos rechaza y que puede llenar nuestra vida de alegría verdadera.

Di a Jesús
con tus palabras ...

**¿Que cosas me hacen
estar contento
durante un rato?
¿cuales me hacen
feliz de verdad?**

Oración:

Jesús, dame de tu agua viva. Ayúdame a buscarte cuando me sienta vacío. Amén.



15

MARZO

DOMINGO IV DE CUARESMA

Encontramos a un ciego

Escuchemos atentos la Palabra: Jn 9, 1-41

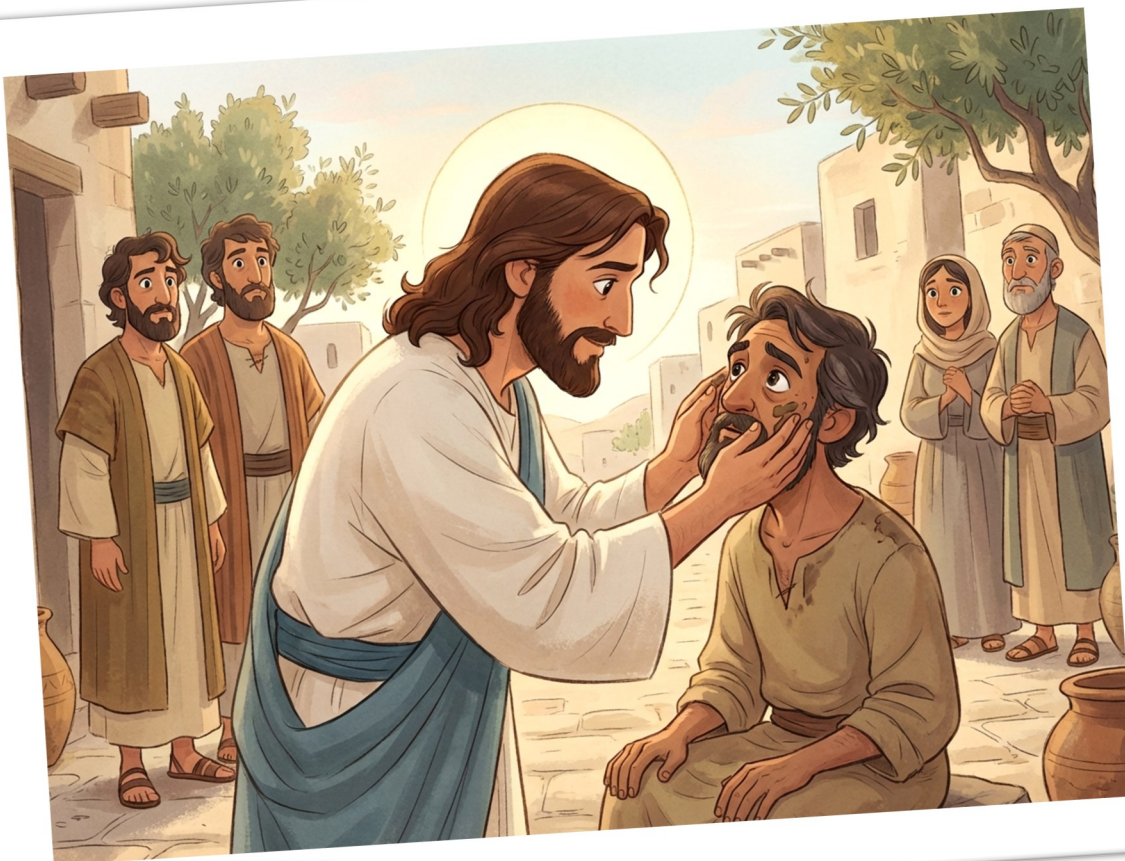
En aquel tiempo al pasar, vio Jesús a un hombre ciego de nacimiento.

Entonces, escupió en la tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego, y le dijo: «Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado)». Él fue, se lavó, y volvió con vista. Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban: «¿No es ese el que se sentaba a pedir?». Unos decían: «El mismo». Otros decían: «No es él, pero se le parece». El respondía: «Soy yo».

Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. Era sábado el día que Jesús hizo barro y le abrió los ojos. También los fariseos le preguntaban cómo había adquirido la vista. Él les contestó: «Me puso barro en los ojos, me lavé y veo». Algunos de los fariseos comentaban: «Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado». Otros replicaban: «¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos?». Y estaban divididos. Y volvieron a preguntarle al ciego: «Y tú, ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?». Él contestó: «Que es un profeta».

Le replicaron: «Has nacido completamente empecatado, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros?». Y lo expulsaron.

Oyó Jesús que lo habían expulsado, lo encontró y le dijo: «¿Crees tú en el Hijo del hombre?». Él contestó: «¿Y quién es, Señor, para que crea en él?». Jesús le dijo: «Lo estás viendo: el que te está hablando, ese es». Él dijo: «Creo, Señor». Y se postró ante él.



Para hacer vida el Evangelio

Jesús se encuentra con un hombre que nunca había podido ver. Muchas personas pensaban que estaba así porque había hecho algo malo, pero Jesús explica que no es un castigo de Dios.

Jesús se acerca a él, lo toca y lo cura. El hombre empieza a ver por primera vez: los colores, los rostros, el mundo. Su vida cambia completamente. Sin embargo, algunas personas no quieren creer y se enfadan, porque no aceptan lo que Jesús ha hecho.

Jesús explica que Él es la luz del mundo. No solo nos ayuda a ver con los ojos, sino también a ver con el corazón: a distinguir lo que está bien y lo que está mal, a amar mejor y a ser más justos.

Di a Jesús
con tus palabras ...

**¿Cuando veo a alguien
solo o triste, ¿qué
puedo hacer? ¿Cómo
puedo ser luz para mis
amigos?**

Oración:

Jesús abre mis ojos para ver como te ves. Amén.



22

MARZO

DOMINGO V DE CUARESMA

Llegamos a Betania

Escuchemos atentos la Palabra: Jn 11, 1-45

Las hermanas le mandaron recado a Jesús diciendo: «Señor, el que tú amas está enfermo». Jesús, al oírlo, dijo: «Esta enfermedad no es para la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella». Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo se quedó todavía dos días donde estaba. Solo entonces dijo a sus discípulos: «Vamos otra vez a Judea».

Cuando Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado.

Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedó en casa. Y dijo Marta a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá». Jesús le dijo: «Tu hermano resucitará». Marta respondió: «Sé que resucitará en la resurrección en el último día». Jesús le dijo: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?». Ella le contestó: «Sí, Señor: yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo».

Jesús se conmovió en su espíritu, se estremeció y preguntó: «¿Dónde lo habéis enterrado?». Le contestaron: «Señor, ven a verlo». Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban: «¿Cómo lo quería!». Pero algunos dijeron: «Y uno que le ha abierto los ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que este muriera?». Jesús, conmovido de nuevo en su interior, llegó a la tumba. Era una cavidad cubierta con una losa. Dijo Jesús: «Quitad la losa». Marta, la hermana del muerto, le dijo: «Señor, ya huele mal porque lleva cuatro días». Jesús le replicó: «¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?». Entonces quitaron la losa. Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: «Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado». Y dicho esto, gritó con voz potente: «Lázaro, sal afuera». El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: «Desatadlo y dejadlo andar». Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él.



Para hacer vida el Evangelio

Lázaro es amigo de Jesús. Cuando muere, sus hermanas Marta y María están muy tristes. Jesús llega cuando ya ha pasado tiempo y todos piensan que no hay nada que hacer. Jesús llora con ellos, porque siente su dolor.

Jesús se acerca a la tumba y grita con voz fuerte: “Lázaro, sal fuera”. Y Lázaro vuelve a la vida. Todos se quedan asombrados. Con este gesto, Jesús muestra que Él tiene poder sobre la muerte y que el amor de Dios es más fuerte que todo.

El Evangelio nos enseña que, aunque pensemos que algo está perdido, Jesús puede darnos una nueva oportunidad. Siempre podemos empezar de nuevo con Él.

Di a Jesús
con tus palabras ...

**¿Qué cosas te
gustaría hacer mejor
a partir de hoy? ¿Qué
puedes cambiar para
portarte mejor con
los demás?**

Oración:

Jesús, ayúdame a cambiar y a vivir mejor cada día. Amén.



29

MARZO

DOMINGO DE RAMOS

Entramos en Jerusalén

Escuchemos atentos la Palabra: Mt 21, 1-11

Cuando se acercaban a Jerusalén y llegaron a Betfagé, en el monte de los Olivos, envió a dos discípulos diciéndoles: «Id a la aldea de enfrente, encontraréis enseguida una borrica atada con su pollino, los desatáis y me los traéis. Si alguien os dice algo, contestadle que el Señor los necesita y los devolverá pronto».

Esto ocurrió para que se cumpliese lo dicho por medio del profeta: «Decid a la hija de Sión: "Mira a tu rey, que viene a ti, humilde, montado en una borrica, en un pollino, hijo de acémila"».

Fueron los discípulos e hicieron lo que les había mandado Jesús: trajeron la borrica y el pollino, echaron encima sus mantos, y Jesús se montó. La multitud alfombró el camino con sus mantos; algunos cortaban ramas de árboles y alfombraban la calzada. Y la gente que iba delante y detrás gritaba: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!».

Al entrar en Jerusalén, toda la ciudad se sobresaltó preguntando: «¿Quién es este?». La multitud contestaba: «Es el profeta Jesús, de Nazaret de Galilea».



Para hacer vida el Evangelio

Jesús llega a Jerusalén, la ciudad más importante. Todos esperaban a alguien poderoso, pero Jesús entra de una manera muy sencilla. No va en un caballo grande, sino en un burrito. Así nos muestra que Él es un rey diferente: un rey humilde y cercano.

La gente se alegra mucho al verlo. Extienden sus mantos en el camino y agitan ramas de árboles. Gritan “¡Hosanna!”, que significa “¡Sálvanos!”. Están felices porque Jesús viene en nombre de Dios y trae amor y paz.

Jesús no viene a pelear ni a mandar, viene a querer, a ayudar y a dar su vida por nosotros. Nos enseña que lo importante no es ser el más fuerte, sino amar y servir a los demás.

Hoy también nosotros queremos recibir a Jesús con alegría en nuestro corazón.

Di a Jesús
con tus palabras ...

**¿Cómo podemos
recibir a Jesús en
nuestra vida cada
día?**

Oración:

Jesús, quiero recibirte con alegría y seguirte con amor. Amén.



Acción Católica General
C/ Alfonso XI 4, 5º - 28014 – Madrid
Tfno.: 915 311 323
www.accioncatolicageneral.es



[accioncatolicageneral](#)



[ACGevangelizar](#)